# WILD CARDS I

Editado por

**George R. R. Martin**

Propiedad de Scyla Editores

timunmas

# Prólogo

## DE *TIEMPOS SALVAJES: UNA HISTORIA ORAL DE LOS AÑOS DE POSGUERRA*

por Studs Terkel (Pantheon, 1979)

**Herbert L. Cranston**

Años después, cuando vi a Michael Rennie salir de aquel platillo volante en *Ultimátum a la tierra*, me acerqué a mi señora y dije: «ése sí que es el aspecto que debería tener un emisario extraterrestre.» Siempre he sospechado que fue la llegada de Tachyon lo que les dio la idea para esa película, pero ya sabe cómo Hollywood cambia las cosas. Para empezar, aterrizó en White Sands, no en Washington. No tenía un robot y no le disparamos. Teniendo en cuenta lo que pasó quizá tendríamos que haberlo hecho, ¿verdad?

Su nave... Bueno, desde luego no era un platillo volante, y no se parecía absolutamente nada a los V-2 que habíamos capturado, ni siquiera a los diseños de cohetes de Werner. Violaba todas y cada una de la leyes de la aerodinámica; y la de la relatividad de Einstein también.

Descendió de noche, con su nave toda cubierta de luces, lo más bonito que he visto nunca. Aterrizó de golpe en medio del campo de pruebas, sin cohetes, hélices, rotores ni cualquier otro medio visible de propulsión. El revestimiento exterior parecía coral o alguna roca porosa con volutas y espolones, parecido a lo que se podría encontrar en una cueva de piedra caliza o buceando en algún lugar profundo del mar.

Yo estaba en el primer *jeep* que se dirigió hacia él. Para cuando llegamos, Tach ya estaba fuera. Ahora Michael Rennie, con ese traje espacial plateado suyo, tiene un aspecto adecuado, pero Tachyon parecía un cruce entre uno de los tres mosqueteros y una especie de artista circense. No me importa decírselo: cuando salimos todos estábamos bastante asustados, los chicos de los

Propiedad de Scyla Editores

cohetes y los cerebritos tanto como los soldados. Recordé aquella emisión del Mercury Theater, allá en el 39, cuando Orson Welles engañó a todo el mundo haciendo creer que los marcianos estaban invadiendo Nueva Jersey, y no pude evitar pensar que quizá esta vez estaba ocurriendo de verdad. Pero en cuanto los reflectores le iluminaron, allí de pie delante de su nave, todos nos relajamos. La verdad es que no daba tanto miedo.

Era bajo, quizá un metro sesenta y dos o sesenta y cinco, y a decir verdad parecía más asustado que nosotros. Vestía unas mallas verdes con botas incorporadas y una camisa anaranjada con volantes de encaje tan monas en los puños y en el cuello, y una especie de chaleco de brocado plateado muy ajustado. Su chaqueta era una pieza amarillo limón con una capa verde que ondeaba tras él y que le llegaba a los tobillos. En la cabeza llevaba un sombrero de ala ancha con un largo penacho rojo que sobresalía, aunque cuando me acerqué vi que era una especie de pluma extraña y puntiaguda. El pelo le llegaba hasta los hombros y, a primera vista, pensé que era una chica. También era un tipo de pelo peculiar, rojo y brillante, como de hilo de cobre.

No sabía qué pensar de él, pero recuerdo a uno de nuestros alemanes diciendo que parecía un francés.

Tan pronto como llegamos avanzó penosamente en dirección al *jeep*, decidido, anadeando por la arena con una gran bolsa bajo el brazo. Nos dijo su nombre, y aún estaba diciéndonoslo cuando llegaron otros cuatro *jeeps*. Hablaba inglés mejor que nuestros alemanes a pesar de tener aquel extraño acento y era difícil estar seguro porque se pasó diez minutos diciéndonos su nombre.

Fui el primer humano que le habló. Ésa es la pura verdad, no me importa lo que cualquier otra persona diga: fui yo. Salí del *jeep* y le tendí la mano y dije:

—Bienvenido a América. —Empecé a presentarme pero me interrumpió antes de que pudiera pronunciar una palabra.

—Herb Cranston, de Cape May, Nueva Jersey —dijo—. Ingeniero aeroespacial. Excelente. Yo también soy científico.

No se parecía a ningún científico que hubiera conocido, pero no lo tuve en cuenta, puesto que venía del espacio exterior. Me preocupaba más saber cómo estaba al tanto de mi nombre. Le pregunté.

Agitó sus volantes en el aire, impaciente:

—Leo su mente. No tiene importancia. El tiempo apremia, Cranston. Su nave se ha hecho trizas. —Pensé que su aspecto era algo más que un poco preocupado al decir aquello; triste, ya sabe, dolido, pero también asustado. Y cansado, muy cansado. Entonces, empezó a hablar de su globo. Por supuesto, ahora todo el mundo sabe que de ahí salió el virus wild card, pero por aquel entonces no sabía de qué demonios iba todo aquello. Se había perdido, dijo, y necesitaba recuperarla y esperaba, por el bien de todos, que aún estuviera

Propiedad de Scyla Editores

intacta. Quería hablar con nuestros líderes. Debió de leer sus nombres en mi mente, porque mencionó a Werner, a Einstein y al presidente, sólo que le llamó «ese presidente vuestro, Harry S. Truman». Después se subió directo a la parte trasera del todoterreno y se sentó.

—Lléveme hasta ellos —dijo—. De inmediato.

## Profesor Lyle Crawford Kent

De alguna manera, fui yo quien acuñó su nombre. Su nombre real, por supuesto, su patronímico alienígena era imposiblemente largo. Varios de nosotros intentamos acortarlo, recuerdo, usando tal o cual fragmento durante nuestros congresos, pero evidentemente aquello suponía algún tipo de violación de etiqueta en su mundo natal, Takis. Continuamente nos corregía, con bastante arrogancia debo decir, como un anciano pedante que está aleccionando a un hatajo de escolares. Bueno, teníamos que llamarle de algún modo. Primero vino el título. Podríamos haberle llamado «su majestad» o algo así, puesto que decía ser un príncipe, pero los americanos no nos sentimos cómodos con esa clase de cortesías y alharacas. También dijo que era médico, aunque no en el sentido que nosotros le damos a esa palabra, y debe admitirse que parecía saber bastante de genética y bioquímica, lo que parecía ser su área de especialización. La mayor parte de nuestro equipo tenía estudios superiores y nos dirigíamos unos a otros en consecuencia, así que fue natural que también acabáramos llamándole «doctor».

Los ingenieros aeroespaciales estaban obsesionados con la nave de nuestro visitante, en particular con la teoría de su sistema de propulsión más rápido que la luz. Por desgracia, nuestro amigo taquisiano había fundido el dispositivo interestelar de su nave en su urgencia por llegar aquí antes que sus parientes, y en cualquier caso se negó categóricamente a que cualquiera de nosotros, civil o militar, inspeccionara el interior de su nave. Werner y sus alemanes se tuvieron que conformar con interrogar al alienígena acerca del dispositivo, de un modo bastante compulsivo, pensé. Según entendí, la física teórica y la tecnología relativa a los viajes espaciales no eran disciplinas en las que nuestro visitante fuera especialmente experto, así que las respuestas que les dio no eran muy claras, pero nos pareció comprender que el dispositivo hacía uso de una partícula hasta entonces desconocida que se desplazaba más rápido que la luz.

El alienígena tenía un término para la partícula, tan impronunciable como su nombre. Bien, yo tenía algún conocimiento de griego clásico, como todos los hombres doctos, y cierta gracia para la nomenclatura, si se me permite decirlo. Yo fui quien acuñó el término «taquión». Sea como sea, los soldados liaron las cosas y empezaron a referirse a nuestro visitante como «ese tal

Propiedad de Sexia Editores

taquión». La frase caló y desde ahí sólo hubo un pequeño paso hasta «doctor Tachyon», el nombre por el que acabó siendo conocido en la prensa.

## Coronel Edward Reid, Inteligencia Militar de los Estados Unidos (Ret.)

Quiere que lo diga, ¿no? Cada maldito periodista con el que he hablado quiere que lo diga. Muy bien, ahí va. Cometimos un error. Y además pagamos por ello. ¿Sabe que después faltó un pelo para que nos sometieran a todos a un consejo de guerra, al equipo de interrogación al completo? Eso es un hecho.

Lo puñetero del caso es que no sé cómo podíamos haber esperado hacer las cosas de un modo distinto a como lo hicimos. Yo estaba a cargo de su interrogatorio. Debería haberlo sabido.

¿Qué es lo que sabíamos de verdad sobre él? Nada excepto lo que nos contó él mismo. Los cerebritos lo trataban como si fuera el niño Jesús, pero los militares tenemos que ser un poco más cautos. Entiéndame, tiene que ponerse en nuestro pellejo y recordar cómo eran las cosas entonces. Su historia era completamente absurda y no podía demostrar un carajo. Vale, aterrizó en aquella nave espacial con aquella pinta tan curiosa y que además no tenía propulsores. Era impresionante. Tal vez aquella nave suya venía del espacio exterior, como dijo. Pero tal vez no. Quizá era uno de aquellos proyectos secretos en los que los nazis habían estado trabajando, vestigios de la guerra. Al final tenían reactores, ya sabe, y aquellos V-2, e incluso estaban trabajando en la bomba atómica. Quizá era ruso. No sé. Sólo con que Tachyon nos hubiera dejado examinar su nave, nuestros chicos habrían podido averiguar de dónde venía, estoy seguro. Pero no dejaba que nadie entrara en aquel maldito cacharro, lo que me pareció más que sospechoso. ¿Qué estaba intentando ocultar?

Dijo que venía del planeta Takis. Bueno, nunca he oído hablar del maldito planeta Takis. Marte, Venus, Júpiter, eso sí. Y hasta Mongo y Barsoom. ¿Pero Takis? Llamé a una docena de los mejores astrónomos del país y hasta a un tipo de Inglaterra.

—¿Dónde está el planeta Takis? —les pregunté.

—No hay ningún planeta Takis —me dijeron.

Se suponía que era un alienígena, ¿no? Le examinamos. Un examen físico completo, radiografías, un montón de pruebas psicológicas, de todo. Los resultados decían que era humano. Lo miráramos como lo miráramos, salía que era humano. No había órganos de más, nada de sangre verde: cinco dedos en las manos, cinco dedos en los pies, dos pelotas y una polla. El mamón no era distinto de usted o de mí. Hablaba inglés, por amor de Dios. Pero quédese con esto: también hablaba alemán. Y ruso y francés y algunos otros idiomas

Propiedad de Scyla Editores

que he olvidado. Grabé un par de mis sesiones con él y se las pasé a un lingüista, que dijo que el acento era centroeuropeo.

Y los loqueros, bueno, tendría que haber oído sus informes. El clásico paranoide, dijeron. Megalomanía, dijeron. Esquizofrenia, dijeron. De todo. Es decir, a ver, ese tío afirmaba que era un príncipe del espacio exterior con putos poderes mágicos y que había venido, él solito, a salvar a nuestro maldito planeta. ¿Le parece eso propio de alguien cuerdo?

Y deje que le diga algo sobre esos condenados poderes mágicos que tiene. Voy a admitirlo, era lo que más me molestaba de todo. O sea, Tachyon no sólo podía decirle a uno lo que estaba pensando sino que podía mirarte con aire divertido y hacer que saltaras encima de la mesa y te bajaras los pantalones, quisieras o no. Pasé horas y horas con él todos los días y me convenció. La cosa fue que mis informes no convencieron a los altos mandos, allá en el este. Alguna clase de truco, pensaron. Nos estaba hipnotizando, estaba leyendo nuestra postura corporal, usando la psicología para hacernos creer que leía las mentes. Iban a enviar a un mentalista para descubrir cómo lo hacía pero la mierda lo salpicó todo antes de que llegaran a hacerlo.

No pedía mucho. Lo único que quería era una reunión con el presidente para que pudiera movilizar a todo el ejército americano para buscar una especie de cohete que se había estrellado. Tachyon estaría al mando, por supuesto; nadie más estaba cualificado. Nuestros científicos más prominentes serían sus ayudantes. Quería un radar y reactores y submarinos y sabuesos y máquinas rarísimas de las que nadie había oído hablar. Lo que fuera, lo quería. Y no quería tener que consultar a nadie tampoco. Ese tío vestía como un peluquero marica, si le digo la verdad, pero daba órdenes de una manera que podría usted pensar que tenía al menos tres estrellas.

¿Y por qué? Oh, sí, su historia era la monda. En su planeta Takis, dijo, un par de docenas de grandes familias dirigían todo el cotarro, como la realeza, salvo que todos tenían poderes mágicos y dominaban a todos los demás que no tenían poderes mágicos. Estas familias pasaban la mayor parte de su tiempo enemistadas, como los Hatfield y los McCoy. Su grupo en particular tenía una arma secreta en la que habían estado trabajando durante un par de siglos. Un virus artificial diseñado a medida para interactuar con la composición genética del organismo huésped, dijo. Él había formado parte del equipo de investigación.

Bueno, le seguí la corriente: «¿y qué hace ese patógeno?», le pregunté. Ahora quédese con esto: lo hacía todo.

Lo que se suponía que tenía que hacer, según Tachyon, era potenciar esos poderes mentales que tenían, quizá darles algún otro poder, hacerles evolucionar hasta ser dioses, lo que segurísimo daría a su familia ventaja sobre las otras. Pero no siempre hacía eso. A veces, sí. Lo más frecuente era que matara a los sujetos de prueba. Siguió y siguió contándome lo mortífero que era ese

Propiedad de Scyla Editores

material y consiguió que me dieran escalofríos. ¿Cuáles eran los síntomas?, pregunté. Por el 46 ya conocíamos las armas bacteriológicas; si estaba diciendo la verdad quería saber a qué atenernos.

No podía decirme cuáles eran los síntomas. Había toda clase de síntomas. Todo el mundo tenía diferentes síntomas, cada persona. ¿Usted ha oído hablar alguna vez de un patógeno que actúe así? Yo no.

Entonces Tachyon dijo que a veces convertía a la gente en monstruos en vez de matarlos. ¿Qué clase de monstruos?, pregunté. De todo tipo, dijo. Admití que sonaba muy mal y le pregunté por qué sus colegas no habían usado ese material con las otras familias. Porque a veces el virus funcionaba, dijo; remodelaba a sus víctimas, les daba poderes. ¿Qué clase de poderes? Todo tipo de poderes, naturalmente.

Así que tenían ese material. No querían usarlo con sus enemigos y quizá darles poderes. No querían usarlo con ellos mismos y cargarse a la mitad de la familia. No estaban por la labor de olvidarse de él. Decidieron probarlo con nosotros. ¿Por qué nosotros? Porque éramos genéticamente idénticos a los taquisianos, dijo, la única raza así que conocían, y el bicho había sido diseñado para actuar sobre el genotipo taquisiano. ¿Y por qué éramos tan afortunados? Algunos de entre su gente pensaban que se trataba de una evolución paralela, otros creían que la Tierra era una colonia taquisiana perdida: no lo sabía ni le importaba.

Le preocupaba el experimento. Pensaba que era «innoble». Protestó, dijo, pero le ignoraron. La nave partió. Y Tachyon decidió detenerlos por sí mismo. Les persiguió en una nave más pequeña, fundió su condenado dispositivo taquión y consiguió llegar aquí antes que ellos. Cuando les interceptó, le enviaron a la mierda aunque fuese de la familia y tuvieron una especie de combate espacial. Su nave quedó dañada, la de ellos se averió y se estrellaron. En algún lugar hacia el este, dijo. Les perdió a causa del daño que había recibido su nave. Así que aterrizó en White Sands, donde pensaba que conseguiría ayuda.

Grabé toda la historia con un micro oculto. Después, Inteligencia Militar contactó con toda clase de expertos: bioquímicos, doctores y tipos que se dedicaban a la guerra bacteriológica, de todo. Imposible, dijeron. Totalmente absurdo. Uno de ellos me dio una conferencia entera sobre cómo los patógenos terrestres nunca afectarían a marcianos, como en aquel libro de H. G. Wells, ni los genes marcianos nos afectarían a nosotros. Todo el mundo coincidió en que esos síntomas aleatorios eran cosa de risa. Así que, ¿qué se suponía que debíamos hacer? Todos nos mondábamos con chistes sobre la gripe marciana y la fiebre del astronauta. Alguien, no sé quién, lo llamó el virus «*wild card*» en un informe y todos los demás nos apropiamos del nombre, pero nadie se lo creyó ni por un segundo.

La situación era mala y Tachyon no hizo más que empeorarla al intentar escapar. Casi lo logró, pero como siempre dice mi viejo: «a nadie le dan un

Propiedad de Scyla Editores

puro por un "casi".» El Pentágono había enviado a su propio hombre a interrogarle, un coronel llamado Wayne, y al final Tachyon se hartó, supongo. Controló a Wayne y salieron juntos del edificio sin más. Cada vez que les paraban, Wayne soltaba la orden de que les dejaran pasar, y el rango tiene sus privilegios. El titular era que Wayne tenía órdenes de escoltar a Tachyon de vuelta a Washington. Se apoderaron de un *jeep* e hicieron todo el camino de vuelta a la nave espacial, pero para entonces uno de los centinelas me había llamado para comprobarlo y mis hombres estaban esperándoles con órdenes directas de hacer caso omiso a cualquier cosa que el coronel Wayne pudiera decirles. Le volvimos a poner bajo custodia y lo mantuvimos allí bajo una fuerte guardia. A pesar de sus poderes mágicos, no podía hacer mucho. Podía conseguir que una persona hiciera lo que quería, puede que tres o cuatro si se esforzaba de verdad, pero no todos nosotros, y por entonces ya conocíamos sus trucos.

Quizá fue una maniobra estúpida, pero su intento de fuga logró reunirlo con Einstein, con el que nos había estado dando la lata. El Pentágono siguió diciéndonos que era el mayor hipnotizador del mundo, pero yo ya no me tragaba eso, y debería haber oído lo que el coronel Wayne opinaba de esa teoría. Los cerebritos también se estaban poniendo nerviosos. En cualquier caso, Wayne y yo juntos nos las arreglamos para obtener una autorización y poder llevar al prisionero a Princeton. Supuse que una charla con Einstein no podía hacer ningún daño, sino que podría hacerle algún bien. Su nave estaba confiscada y ya habíamos obtenido de aquel hombre todo lo que podíamos obtener. Se suponía que Einstein era el mayor cerebro del mundo, tal vez pudiera entenderlo, ¿verdad?

Todavía hay quienes dicen que el ejército tuvo la culpa de todo lo que ocurrió, pero no es cierto. Es fácil ir de listo a posteriori, pero yo estuve allí y mantendré hasta el día en que me muera que los pasos que dimos fueron razonables y prudentes.

Lo que más me quema es cuando dicen que no hicimos nada para seguir el rastro del maldito globo con las esporas wild card. Quizá cometimos un error, sí, pero no fuimos idiotas, nos estábamos cubriendo las espaldas. Todas y cada una de las instalaciones militares tenían la orden de estar al acecho de una nave espacial que se hubiera estrellado y que pareciera una concha con luececitas. ¿Acaso es mi puta culpa que nadie se la tomara en serio?

Créame al menos en una cosa. Cuando se desató el infierno hice que Tachyon volara a toda prisa de regreso a Nueva York en un par de horas. Yo estuve sentado detrás de él. Aquel mequetrefe pelirrojo se pasó llorando la mitad del puto trayecto por el país. Yo recé por Jetboy.

♣ ♦ ♠ ♥

Propiedad de Scyla Editores

# ¡Treinta minutos sobre Broadway!

## ¡LA ÚLTIMA AVENTURA DE JETBOY!

por Howard Waldrop

El servicio aéreo de Bonham, en Shantak, Nueva Jersey, sufría problemas por la niebla. El pequeño reflector de la torre apenas disipaba los oscuros remolinos de bruma.

Se oyó un sonido de neumáticos sobre el pavimento mojado delante del hangar 23. La puerta de un coche se abrió y un momento después se cerró. Unos pasos se dirigieron hacia el Área de Personal.

Sólo una puerta. Se abrió. Scoop Swanson entró con su Kodak Autograph Mark II y una bolsa con flashes y película fotográfica.

Lincoln Traynor se levantó de entre el motor del P-40, un excedente del ejército que estaba revisando para un piloto de una aerolínea, quien lo había conseguido en una subasta por 293 dólares. A juzgar por la forma del motor, debieron de pilotarlo los Tigres Voladores en 1940. En la radio del banco de trabajo se emitía un partido. Linc bajó el volumen.

—¿Qué hay, Linc? —dijo Scoop.

—Ey.

—¿Aún no se sabe nada?

—Ni lo esperes. El telegrama que envió ayer decía que vendría esta noche. A mí me basta con eso.

Scoop encendió un Camel con una cerilla de una caja de Three Torches que había en la mesa de trabajo.

Expulsó el humo hacia el cartel de Tajantemente Prohibido Fumar del fondo del hangar.

—Eh, ¿qué es esto? —Se dirigió hacia el fondo. Aún en sus embalajes había dos largas extensiones de alas rojas y dos tanques subalares en

Propiedad de Scyla Editores

forma de lágrima, de más de 1000 litros de capacidad— ¿Cómo ha llegado esto aquí?

—Las fuerzas aéreas las enviaron ayer desde San Francisco. Hoy ha llegado otro telegrama para él. Deberías leerlo también, eres tú el que escribe la historia. —Linc le tendió las órdenes del Departamento de Guerra.

Para: Jetboy (Tomlin, Robert NMI[1])
HOR[2]: Servicio Aéreo de Bonham
Hangar 23
Shantak, Nueva Jersey

1. A partir de este momento, las 1200Z horas del 12 de agosto del 46, ya no está en servicio activo en la Fuerza Aérea del Ejército de los Estados Unidos.
2. Su nave (modelo experimental) (núm. servicio JB-1) queda, de ahora en adelante, dada de baja. No se recibirá más apoyo material del USAAF[3] ni del Departamento de Guerra.
3. Expedientes, menciones honoríficas y premios remitidos por separado.
4. Nuestros expedientes muestran que Tomlin, Robert NMI, no ha obtenido la licencia de piloto. Por favor, contacte con la CAB[4] para cursos y certificación.
5. Cielos despejados y vientos de cola.

Para
Arnold H.H.
Jefe de servicio, USAAF

Ref.: Orden Ejecutiva #2, 8 de diciembre del 41

—¿Qué es eso de que no tiene licencia de piloto? —preguntó el periodista—. Miré en el archivo, su expediente es de un palmo de grosor. Demonios, debe de haber volado más rápido y más lejos y derribado más aviones que nadie: ¡Quinientos aviones, cincuenta naves! ¿Y lo hizo sin licencia?

Linc se limpió la grasa del bigote.

—Sí. El chaval era el mayor fanático de los aviones que puedas imaginarte. Por el 39, no creo que tuviera más de doce años, oyó que había trabajo por aquí. Se presentó a las cuatro de la madrugada, se fugó del orfanato para hacerlo. Salieron a buscarlo. Pero por supuesto el profesor Silverberg le había contratado y lo arregló con ellos.

[1] NMI: No Middle Initial
[2] HOR: Hand Over Request
[3] USAAF: United States Army Air Force
[4] CAB: Civil Aviation Bureau

Propiedad de Scyla Editores

—¿Silverberg, el que se cargaron los nazis? ¿El tipo que hizo el avión?

—Sí. Un adelantado a su tiempo, pero raro. Armé el avión para él; Bobby y yo lo construimos con nuestras propias manos. Los nazis y los italianos, y Whittle en Inglaterra, habían empezado los suyos. Pero los alemanes descubrieron que aquí estaba pasando algo.

—¿Cómo aprendió a volar el chico?

—Supongo que siempre había sabido —dijo Lincoln—. Un día está aquí ayudándome a doblar metal. Al siguiente, él y el profesor están volando por ahí a cuatrocientas millas. A oscuras, con aquellos motores primitivos.

—¿Cómo lo mantuvieron en secreto?

—No lo hicieron. No muy bien. Los espías vinieron a por Silverberg: lo querían a él y al avión. Bobby estaba fuera con él. Creo que él y el profe sabían que se sabía algo. Silverberg se resistió de tal manera que los nazis lo mataron. Luego vino el tufillo diplomático. Por entonces, el JB-1 sólo tenía seis ametralladoras; no tengo ni idea de dónde las sacó el profesor. Pero el chico se encargó del coche lleno de espías con él y de aquella lancha en el Hudson llena de gente de la embajada. Todos con visados diplomáticos. Espera un segundo. —Linc se interrumpió—. Final de la doble jornada en Cleveland. En la Blue Network. —Subió el volumen de una radio metálica de Philco que estaba sobre el panel de herramientas.

«… Sanders la pasa a Papenfuss, la pasa a Volstad, doble juego. Eso es todo. Así pues, los Sox pierden de nuevo ante Cleveland. Continuamos tras…» —Linc la apagó—. Ahí van cinco pavos —dijo—, ¿por dónde iba?

—Los "*kartófen*" mataron a Silverberg y Jetboy se la devolvió. Se fue a Canadá, ¿no?

—Se unió a la RCAF[5], oficiosamente. Luchó en la batalla de Inglaterra, fue a China con los Tigres a combatir contra los japoneses y estaba de vuelta en Inglaterra cuando lo de Pearl Harbor.

—¿Y Roosevelt lo fichó?

—Algo así. Ya sabes, es lo curioso de toda su carrera. Lucha durante toda la guerra, más que ningún otro americano, desde finales del 39 al 45, y justo a última hora se pierde en el Pacífico, desaparece. Durante un año todos pensamos que estaba muerto y ahora vuelve a casa.

Se oyó un zumbido alto y agudo, como de un avión de hélices cayendo en picado. Venía de fuera, de los cielos nubosos. Scoop sacó su tercer Camel.

—¿Cómo puede aterrizar en esta sopa?

—Tiene un radar para todo tipo de climas, lo sacó de un caza nocturno alemán por el 43. Podría hacer aterrizar ese avión en una carpa de circo a medianoche.

Fueron a la puerta. Dos luces de aterrizaje atravesaron los jirones de niebla. Descendieron en la otra punta de la pista, giraron y volvieron por la superficie.

[5] RCAF: Royal Canadian Airforce

Propiedad de Scyla Editores

El fuselaje rojo brillaba bajo las cenicientas luces de la pista. El avión bimotor de ala alta se encaró hacia ellos y se detuvo.

Linc Traynor puso un juego de cuñas dobles en cada una de las tres ruedas del tren de aterrizaje. La mitad del morro de cristal del avión se levantó y se retrajo. El avión tenía cuatro cañones de 20 mm de calibre situados en la base de las alas, entre los motores, y una tronera con uno de 75 mm por debajo y a la izquierda del borde de la cabina. Tenía un timón alto y delgado y los elevadores traseros tenían forma de trucha de río. Las únicas insignias del avión eran cuatro estrellas no estandarizadas de la USAAF en un redondel negro y el número de serie JB-1 en la parte superior derecha e inferior izquierda de las alas y bajo el timón.

La antena del radar que había en el morro parecía un cacharro para asar salchichas.

Un chico vestido con pantalones rojos y camisa blanca y que llevaba un casco azul y anteojos salió de la cabina a la escalera de descenso del lado izquierdo.

Tenía diecinueve años, quizá veinte. Se quitó el casco y los anteojos. Tenía el pelo castaño claro, rizado, ojos de color avellana y era bajo y fornido.

—Linc —dijo. Atrajo hacia sí al hombre regordete con un abrazo y se pasó un minuto entero dándole palmaditas en la espalda. Scoop disparó una foto.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Bobby —dijo Linc.

—Nadie me ha llamado así en años —dijo—. Es muy agradable oírlo de nuevo.

—Éste es Scoop Swanson —dijo Linc—. Te va a hacer famoso de nuevo.

—Preferiría echarme una siesta. —Estrechó la mano del reportero—. ¿Hay algún sitio por aquí donde pueda conseguir huevos con jamón?

♣

La lancha se acercaba al muelle entre la niebla. Fuera, en el puerto, un barco acababa de limpiar sus sentinas y estaba volviendo a humear hacia el sur.

Había tres hombres en el amarre: Fred, Ed y Filmore. Un hombre saltó de la lancha con un maletín en las manos. Filmore se inclinó hacia él y entregó al tipo que estaba al volante de la motora un Lincoln y dos Jackson[6]. Después ayudó al del maletín.

—Bienvenido a casa, Dr. Tod.

—Me alegro de estar de vuelta, Filmore. —Tod vestía un traje holgado y llevaba puesto un abrigo aunque era agosto. Tenía el sombrero muy calado sobre un rostro al que las pálidas luces de un almacén arrancaron un destello metálico.

[6] N. de la T.: Los billetes de 5 y de 20 dólares muestran, respectivamente, las efigies de los presidentes Lincoln y Jackson

Propiedad de Scyla Editores

—Éste es Fred y éste es Ed —dijo Filmore—. Están aquí sólo por esta noche.

—Hola, ¿qué hay? —dijo Fred.

—Hola —dijo Ed.

Volvieron al coche, un mercedes del 46 que parecía un submarino.

Se montaron en él mientras Fred y Ed vigilaban los neblinosos callejones a uno y otro lado. Después Fred se puso al volante y Ed montó guardia a su lado con una recortada de cañón corto.

—Nadie me espera. A nadie le importa —dijo el Dr. Tod—. Todos los que tenían algo contra mí han muerto o se han convertido en personas respetables y han hecho fortuna durante la guerra. Soy un anciano y estoy cansado. Me voy a ir al campo a criar abejas, apostar a los caballos y jugar a la bolsa.

—¿No está planeando nada, jefe?

—Nada de nada.

Giró la cabeza cuando pasaron bajo una farola. Le faltaba la mitad de la cara; en su lugar, una placa lisa iba desde la mandíbula hasta el sombrero, desde la nariz hasta la oreja izquierda.

—Ya no puedo disparar. Por un motivo: mi percepción de la profundidad ya no es lo que era.

—No me extraña —dijo Filmore—. Oímos que le pasó algo en el 43.

—Estaba en una operación diríamos que provechosa en Egipto mientras el Afrika Korps se desmoronaba. Cobraba por sacar y meter gente en una flota aérea supuestamente neutral. Sólo un negocio marginal. Después me encontré con aquel aviador listillo.

—¿Quién?

—El chico del avión a reacción, antes de que los alemanes los tuvieran.

—A decir verdad, jefe, no estuve muy al tanto de la guerra. Lo que son simples conflictos territoriales los observo desde la distancia.

—Como debería haber hecho yo —dijo el Dr. Tod—. Estábamos saliendo de Túnez. En aquel viaje había gente importante. El piloto gritó. Hubo una tremenda explosión. Lo siguiente, cuando volví en mí, fue la mañana siguiente y yo y otra persona estábamos en un bote salvavidas en medio del Mediterráneo. Me dolía la cara. Me incorporé. Algo cayó al fondo del bote. Era mi ojo izquierdo. Me estaba mirando. Supe que estaba en un aprieto.

—¿Ha mencionado a un chico con un avión a reacción? —preguntó Ed.

—Sí. Descubrimos más tarde que habían descifrado nuestro código y que había volado seiscientas millas para interceptarnos.

—¿Quiere vengarse? —preguntó Filmore.

—No. Eso pasó hace mucho tiempo. Apenas puedo acordarme de ese lado de mi cara. Eso sólo me enseñó a ser un poco más cauto. Me lo tomé como algo que forja el carácter.

Propiedad de Scyla Editores

—Así que no hay planes, ¿eh?

—Ni uno —dijo el Dr. Tod.

—Estará bien para variar —dijo Filmore.

Contemplaron las luces de la ciudad al pasar.

♠

Llamó a la puerta, incómodo con su nuevo traje con chaleco marrón.

—Entra, está abierto —dijo una voz de mujer. Después, más flojo—: Estaré lista en un minuto.

Jetboy abrió la puerta de entrada de roble y entró en la habitación hasta rebasar la mampara de cristal que separaba los ambientes de la estancia.

Una hermosa mujer estaba de pie en medio de la habitación, con el vestido a medio camino entre los brazos y la cabeza. Llevaba una combinación, liguero y medias de seda. Tiraba del vestido con una de sus manos.

Jetboy volvió la cabeza, ruborizado y desconcertado.

—Ah —dijo la mujer—. ¡Ah! Yo… ¿quién?

—Soy yo, Belinda —dijo—. Robert.

—¿Robert?

—Bobby, Bobby Tomlin

Le miró fijamente por un momento, tapándose con las manos aunque ya estaba vestida del todo.

—Oh, Bobby —dijo y fue hacia él, y le abrazó y le dio un gran beso en los labios.

Era lo que él había esperado durante seis años.

—Bobby. Qué alegría verte. Yo… yo estaba esperando a alguien. A… unas amigas. ¿Cómo me has encontrado?

—Bueno, no ha sido fácil.

Dio un paso atrás, alejándose de él.

—Deja que te vea.

Él la miró. La última vez que la había visto tenía catorce años, todo un chicote, aún en el orfanato. Había sido una niña delgada de pelo rubio ceniza. Una vez, cuando tenía once años, casi le había pegado. Ella era un año mayor que él.

Entonces, él se fue a trabajar en el aeródromo y después a luchar con los británicos contra Hitler. Durante la guerra le había escrito cuando había podido, después de que América entrara. Ella había dejado el orfanato y la habían enviado a una casa de acogida. En el 44 le habían devuelto una de sus cartas, en la que se leía: «Causa de devolución: destinatario desconocido.» Después, él había desaparecido durante el último año.

—Tú también has cambiado —dijo.

—Y tú.

Propiedad de Scyla Editores

—Ahm.

—Seguí los periódicos durante toda la guerra. Intenté escribirte pero no creo que te llegaran. Después dijeron que habías desaparecido en el mar y, en cierto modo, me di por vencida.

—Bueno, desaparecí, pero me encontraron. Y ahora he vuelto. ¿Qué tal te ha ido?

—La verdad es que muy bien desde que me escapé del orfanato —dijo. Una expresión de dolor apareció en su rostro—. No sabes cómo me alegro de haber huido de allí. Oh, Bobby —dijo—. Oh, ¡ojalá las cosas hubieran sido distintas! —Empezó a sollozar.

—Eh —dijo cogiéndola por los hombros—, siéntate. Tengo algo para ti.

—¿Un regalo?

—Sí. —Le entregó un paquete envuelto en un papel sucio, manchado de aceite—. Los he llevado encima los dos últimos años de la guerra. Estuvieron en el avión, en la isla. Lo siento, no tuve tiempo de envolverlos de nuevo.

Rasgó el papel de embalar inglés. Dentro había copias de *La casa en la esquina Pooh* y *El cuento de Perico, el conejo travieso*.

—Oh —dijo Belinda—, gracias.

La recordó vestida con la bata del orfanato, polvorienta y cansada después de un partido de béisbol, tirada en el suelo de la sala de lectura con un libro de Pooh abierto ante ella.

—El libro de Pooh me lo firmó el verdadero Christopher Robin—dijo—. Descubrí que era oficial de la RAF en una de las bases de Inglaterra. Dijo que normalmente no haría este tipo de cosas, que sólo era otro piloto. Le dije que no se lo contaría a nadie. Eso sí, yo había removido cielo y tierra para encontrar una copia y él lo sabía.

»Este otro tiene un poco más de historia. Regresaba cerca del amanecer, escoltando a algunos B-17 tocados. Alcé la vista y vi dos cazas nocturnos alemanes que se acercaban; probablemente estaban patrullando para intentar atrapar algunos Lancaster antes de que cruzaran el Canal.

»Para abreviar, derribé a dos; acabaron cerca de un pueblecito. Pero se me había acabado el combustible y tuve que aterrizar. Vi un prado bastante llano con un lago en el extremo más alejado y allá que fui.

»Cuando salí de la cabina vi a una señora y un perro pastor plantados en el borde del campo. Ella tenía una escopeta. Cuando estuvo lo bastante cerca como para ver los motores y los emblemas, dijo:

»—¡Buen disparo! ¿Quiere venir a comer un bocado y usar el teléfono para llamar al Mando de Caza?

»Podíamos ver a los dos ME-110 ardiendo en la distancia.

»—Eres el famoso Jetboy —dijo—. Hemos seguido tus hazañas en el diario de Sawrey. Soy la señora Heelis. —Me tendió la mano.

Propiedad de Scyla Editores

»Se la estreché.

»—¿La señora de William Heelis? ¿Y esto es Sawrey?

»—Sí —dijo.

»—¡Usted es Beatrix Potter! —dije.

»—Supongo que sí —dijo.

»Belinda, era una anciana corpulenta con un jersey raído y un sencillo vestido viejo. Pero cuando sonrió, ¡juro que iluminó toda Inglaterra!

Belinda abrió el libro. En la solapa se leía:

Para la amiga americana de Jetboy,
Belinda,
De la Señora de William Heelis
(«Beatrix Potter»)
12 de abril de 1943

Jetboy bebió el café que Belinda le había hecho.

—¿Dónde están tus amigas? —preguntó.

—Bueno… ya deberían estar aquí. Estaba pensando en bajar al teléfono del vestíbulo e intentar llamarlas. Puedo cancelarlo y nos podemos sentar y hablar de los viejos tiempos. De verdad que puedo llamar.

—No —dijo Jetboy—. Te diré lo que haremos. Te llamaré más adelante, durante la semana; podemos quedar alguna noche que no estés ocupada. Sería divertido.

—Seguro que sí.

Jetboy se levantó para irse.

—Gracias por los libros, Bobby. Significan mucho para mí, de verdad.

—Me alegro mucho de volver a verte, Bee.

—Nadie me llamaba así desde el orfanato. Llámame muy pronto, ¿lo harás?

—Claro que sí. —Se inclinó y la besó de nuevo.

Se dirigió hacia las escaleras. Mientras bajaba, un tipo vestido con un *zoot suit*[7] (pantalones holgados, abrigo largo, reloj de cadena, pajarita del tamaño de una percha, cabello peinado hacia atrás, apestando a Brylcreem y Old Spice) subía las escaleras de dos en dos, silbando *It Ain't the Meat, It's the Motion*.

Jetboy le oyó llamar a la puerta de Belinda.

Fuera había empezado a llover.

—Genial, igual que en las películas —dijo Jetboy.

[7] N. de la T.: Traje masculino, con pantalones holgados de cintura alta y chaqueta con hombreras prominentes que se hizo popular en los Estados Unidos en los años 30 y 40 especialmente entre la población chicana, afroamericana e italoamericana.

Propiedad de Scyla Editores

La noche siguiente era silenciosa como un cementerio.

Entonces, los perros de todo Pine Barrens empezaron a ladrar. Los gatos chillaron.

Los pájaros echaron a volar aterrorizados desde miles de árboles, en círculos, planeando en la noche oscura.

La estática se apoderó de todas las radios del noreste de los Estados Unidos. Los aparatos de televisión destellaron y el volumen se dobló. La gente que se reunía alrededor de los Dumont de nueve pulgadas retrocedieron de un salto a causa de la luz y el sonido repentinos, deslumbrados en sus propias salas de estar, en los bares y en las aceras frente a las tiendas de electrodomésticos de toda la costa Este.

Para los que estaban fuera en aquella calurosa noche de agosto aún fue más espectacular.

Una fina línea de luz en las alturas se desplazó centelleando mientras caía. Luego se expandió aumentando en brillo, se convirtió en un bólido verdiazulado, pareció detenerse y después estalló en una cascada de chispas que lentamente se desvanecieron en el oscuro cielo iluminado por las estrellas.

Algunos dijeron que vieron otra luz más pequeña pocos minutos después. Pareció flotar y después salir disparada hacia el oeste, apagándose en su vuelo. Los periódicos habían estado llenos de historias sobre «cohetes fantasma» en Suecia todo aquel verano. Era la temporada.

Unas pocas llamadas a la oficina meteorológica de la Fuerza Aérea del Ejército recibieron la respuesta de que probablemente era una derivación de la lluvia de meteoritos de las Delta Acuáridas.

Fuera, en Pine Barrens, alguien sabía que no era así, aunque no estaba de humor para comunicárselo a nadie.

♥

Jetboy, vestido con unos pantalones holgados, una camisa y una cazadora de aviador marrón, cruzó las puertas de la Blackwell Printing Company. Había un brillante cartel rojo y azul sobre la puerta: Sede de Cosh Comics Company.

Se detuvo ante el mostrador de la recepcionista.

—Robert Tomlin, para ver al señor Farrell.

La secretaria, una empleada rubia y delgada con gafas de ojos de gato que hacían que pareciera que en su cara había acampado un murciélago, le miró fijamente.

—El señor Farrell falleció en el invierno de 1945. ¿Trabajaba para nosotros o algo así?

—Algo así.

Propiedad de Scyla Editores

—¿Querría hablar con el Sr. Lowboy? Ahora ocupa el lugar del Sr. Farrell.

—Con quien esté a cargo de *Jetboy Comics*.

Todo el lugar empezó a temblar cuando las imprentas arrancaron en la parte trasera del edificio. En las paredes de la oficina había portadas chillonas de cómics que prometían cosas que sólo ellas podían satisfacer.

—Robert Tomlin —dijo la secretaria por el intercomunicador.

—Bzzzz zzzzzzzz nunca he oído hablar de él bzzz.

—¿De qué se trata? —preguntó la secretaria.

—Dígale que Jetboy quiere verle.

—Oh —dijo mirándole—, lo siento. No le había reconocido.

—Nadie lo hace.

♣

Lowboy parecía un gnomo al que le hubieran succionado toda la sangre. Era tan pálido como debía de haber sido Harry Langdon, como una mala hierba crecida en un saco de arpillera.

—¡Jetboy! —Le tendió una mano que parecía un puñado de gusanos—. Todos pensamos que habías muerto hasta que vimos los periódicos la semana pasada. Ahora eres un auténtico héroe nacional, ¿sabes?

—No me siento como tal.

—¿Qué puedo hacer por ti? No es que no me alegre de conocerte por fin, pero debes de ser un hombre ocupado.

—Bueno, para empezar, me he encontrado con que los cheques por la licencia y los royalties no se han depositado en mi cuenta desde que se me declaró desaparecido y presuntamente muerto el pasado verano.

—¿Qué? ¿De verdad? El departamento de derechos debe de haberlo puesto en custodia o algo así hasta que alguien lo reclamara. Voy a ponerles al corriente ahora mismo.

—Bien, quisiera el cheque ahora mismo, antes de irme —dijo Jetboy.

—¿Eh? No sé si pueden hacer eso. Suena tremendamente repentino.

Jetboy le miró fijamente.

—Vale, vale, deja que llame. Contabilidad —chilló al teléfono.

—Ehm… —dijo Jetboy—, un amigo ha estado recogiendo mis copias. Revisé el contrato de propiedad y circulación de los dos últimos años. Sé que últimamente *Jetboy Comics* ha estado vendiendo quinientas mil copias por número.

Lowboy gritó algo más al teléfono. Colgó.

—Tardará un poco. ¿Algo más?

—No me gusta lo que está pasando en el cómic —dijo Jetboy.

—¿Qué es lo que no te gusta? ¡Está vendiendo medio millón de copias cada mes!

Propiedad de Scyla Editores

—Una cosa: el avión se parece cada vez más a una bala. Y los dibujantes han pintado las alas hacia atrás, ¡por el amor de Dios!

—Esto es la Era Atómica, muchacho. Hoy en día a los chicos no les gusta que un avión parezca una pata de cordero roja con ganchos que le salen por delante.

—Bueno, siempre ha tenido ese aspecto. Y otra cosa: ¿por qué el maldito avión es azul en los últimos tres números?

—¡No es cosa mía! Creo que el rojo está bien. Pero el Sr. Blackwell envió un memorándum, dijo que no más rojo salvo para la sangre. Es un gran Legionario.

—Dígale que el avión tiene que tener el aspecto que le corresponde y ser del color que le corresponde. Además, se han eliminado los informes de combate. Cuando Farrell se sentaba en su mesa, el cómic iba de volar y combatir, de limpiar los cielos de espías: cosas reales. Y nunca hubo más de diez páginas de historias de Jetboy en un mismo número.

—Cuando Farrell estaba en esta mesa, el tebeo sólo vendía un cuarto de millón de copias al mes —dijo Lowboy.

Robert volvió a mirarle fijamente.

—Sé que la guerra se ha acabado y todo el mundo quiere una casa nueva y emociones que les hagan saltar los ojos de las órbitas —dijo Jetboy—. Pero mire lo que me encuentro en los últimos dieciocho meses…

»Nunca he combatido con nadie como el Enterrador en ningún lugar llamado la Montaña de la Muerte. ¡Y venga ya! ¿El Esqueleto Rojo? ¿Mister Gusano? ¿El profesor Blooteaux? ¿Qué es eso con todas esas calaveras y tentáculos? A ver, ¿unos gemelos malvados llamados Sturm y Drang Hohenzollern? ¿El Mono Artrópodo, un gorila con seis codos? ¿De dónde saca todo esto?

—No soy yo, son los guionistas. Son un hatajo de locos que siempre toman Benzedrina y cosas así. Además, ¡es lo que los niños quieren!

—¿Y qué pasa con las crónicas sobre aviación y los artículos sobre héroes de aviación reales? Pensé que mi contrato exigía al menos dos piezas por número sobre hechos y personas reales.

—Tendremos que mirarlo otra vez. Pero te lo digo ya, a los niños ya no les gustan esas cosas. Quieren monstruos, naves espaciales, cosas que hagan que se meen en la cama. ¿Te acuerdas? ¡También tú fuiste un niño!

Jetboy cogió un lápiz de la mesa.

—Tenía trece años cuando la guerra empezó, quince cuando bombardearon Pearl Harbor. He estado en combate durante seis años. A veces creo que nunca fui un niño.

Lowboy calló un momento.

—Te diré lo que tienes que hacer —dijo—. Tienes que apuntarte todo lo que no te gusta del tebeo y enviárnoslo. Pondré al departamento jurídico a darle vueltas y trataremos de hacer algo, de resolver las cosas. Claro que imprimimos tres números por adelantado, así que hasta Acción de Gracias no saldrá el nuevo material. O más tarde.

Propiedad de Scyla Editores

Jetboy suspiró.

—Entiendo.

—De veras que quiero que estés contento, porque Jetboy es mi tebeo favorito. No, de verdad. Los otros son sólo trabajo. Y qué trabajo, Dios bendito: plazos, trabajar con borrachos y cosas peores, guiar al rebaño de impresores... ¡Ya te imaginas! Pero me gusta trabajar en Jetboy. Es especial.

—Bien, me alegro.

—Claro, claro. —Lowboy tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Me pregunto por qué están tardando tanto.

—Probablemente estén sacando los otros libros de contabilidad —dijo Jetboy.

—¡Eh, no! ¡Aquí somos legales! —Lowboy se puso en pie.

—Sólo bromeaba.

—Ah. Dime, el periódico decía que estuviste, qué sé yo, abandonado en una isla desierta o algo así. ¿Fue muy duro?

—Bueno, solitario. Me cansé de pescar y de comer pescado. Sobre todo fue aburrido, y echaba de menos todo. Bueno, más que echar de menos, es que me lo perdí. Estuve allí desde el 29 de abril del 45 hasta el mes pasado.

»Hubo momentos en que pensé que me volvería loco. Cuando una mañana levanté la vista y vi al *USS Reluctant* anclado a poco más de un kilómetro de la orilla no podía creérmelo. Disparé una bengala y me rescataron. Llevó un mes encontrar un sitio donde reparar el avión, descansar y volver a casa. Me alegro de estar de vuelta.

—Me lo imagino. Eh, ¿había muchos animales peligrosos en la isla? Quiero decir, leones y tigres y tal.

Jetboy rió.

—Medía menos de un kilómetro y medio de ancho, y un poco más a lo largo. Había pájaros y ratas, y algunos lagartos.

—¿Lagartos? ¿Lagartos grandes? ¿Venenosos?

—No. Pequeños. Debí de comerme la mitad antes de irme. Acabé siendo bastante bueno con una honda que hice con un tubo de oxígeno.

—Oh, apuesto a que sí.

La puerta se abrió y un hombre alto con una camisa manchada de tinta entró.

—¿Es él? —preguntó Lowboy.

—Sólo le he visto una vez, pero se le parece —dijo el hombre.

—¡Suficiente para mí! —dijo Lowboy.

—No para mí —dijo el contable—. Enséñeme alguna identificación y firme este recibo.

Jetboy suspiró y lo hizo. Miró la cantidad que constaba en el cheque. Tenía muy pocas cifras delante del decimal. Lo dobló y lo guardó en el bolsillo.

—Dejaré a su secretaria mi dirección para el próximo cheque. Y enviaré una carta con mis objeciones esta misma semana.

Propiedad de Scyla Editores

—Hazlo. Ha sido un verdadero placer conocerte. Espero que tengamos una larga y próspera relación comercial juntos.

—Gracias, eso espero —dijo Jetboy. Él y el contable se fueron.

Lowboy volvió a sentarse en su silla giratoria. Se puso las manos en la nuca y se quedó mirando la estantería que había al otro lado de la habitación.

Después, se impulsó bruscamente hacia adelante, levantó el teléfono y marcó el nueve para contactar con el exterior. Llamaba al editor jefe de *Jetboy Comics*.

Una voz pastosa, de resaca, respondió al duodécimo tono.

—Sácate la mierda de la cabeza. Soy Lowboy. Imagínate esto: un especial de cincuenta páginas a doble cara, con una única historia. ¿Listo? ¡*Jetboy en la isla de los dinosaurios*! ¿Lo tienes? Veo un montón de cavernícolas y un enorme «como-se-llame» rex. ¿Qué? Sí, eso, tiranosaurio. Y puede que un puñado de soldados japoneses. Ya sabes. Sí, por qué no, samuráis. ¿Cuándo? ¿Desviado de su trayectoria en el 1100 d.C.? ¡Por Dios! Lo que sea. Sabes muy bien lo que necesitamos.

»¿A qué estamos? Martes. Tienes hasta las cinco de la tarde del jueves, ¿de acuerdo? Deja de quejarte. Son ciento cincuenta pavos rápidos. Nos vemos, pues.

Colgó. Luego llamó a un dibujante y le explicó lo que quería para la portada.

♠

Ed y Fred volvían de una entrega en Pine Barrens.

Conducían un remolque de siete metros. El volquete, hasta pocos minutos antes, contenía seis metros cúbicos de un nuevo tipo de hormigón. Ocho horas antes, eran cinco metros cúbicos de agua, arena, gravilla y cemento. Y un ingrediente secreto.

El ingrediente secreto había violado tres de las Cinco Reglas Inquebrantables para el ejercicio de una empresa no societaria y libre de impuestos del Estado.

Otros empresarios lo habían llevado a un almacén de productos de la construcción al por mayor y le habían mostrado cómo funciona una hormigonera, de cerca y personalmente.

No es que Ed y Fred tuvieran nada que ver con eso. Les habían llamado una hora antes y les habían pedido si podían conducir un remolque por el bosque por un par de los grandes.

Estaba oscuro en el bosque, a pocos kilómetros de la ciudad. No parecía que estuvieran a menos de 160 de un pueblo de más de quinientas personas.

A la luz de los faros se distinguían zanjas donde se apilaba de todo, desde viejos aeroplanos hasta botellas de ácido sulfúrico. Algunos de los vertidos eran recientes. Había humo y fuego en unos pocos. Otros resplandecían sin combustión. Un charco de metal borboteó y explotó cuando pasaron por encima.

Propiedad de Scyla Editores

Después se adentraron de nuevo en los pinos y avanzaron a sacudidas de bache en bache.

—¡Ey! —gritó Ed—. ¡Para!

Fred echó el freno y paró el motor.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¿Qué demonios te pasa?

—¡Ahí atrás! ¡Te juro que he visto a un tipo empujando una canica de neón del tamaño de Cleveland!

—Ya te digo ahora que no voy a retroceder —dijo Fred.

—¡Bah! ¡Venga! No se ve algo así todos los días.

—Mierda, Ed. Algún día conseguirás que nos maten.

No era una canica. No necesitaron sus linternas para asegurarse de que no era una mina magnética. Era un recipiente esférico que emitía luz propia, con remolinos de colores en la superficie. Ocultaba al hombre que la empujaba.

—Parece un armadillo de neón enroscado —dijo Fred, que había estado en el oeste.

El hombre que estaba tras aquella cosa les miró parpadeando, incapaz de ver más allá de sus linternas. Iba sucio y andrajoso, con una barba manchada de tabaco y enmarañada y el pelo como un estropajo.

Se acercaron.

—¡Es mía! —les dijo situándose delante del objeto, cubriéndolo con sus brazos extendidos.

—Tranquilo, abuelo —dijo Ed—. ¿Qué tienes ahí?

—Mi billete a una vida fácil. ¿Sois de la Fuerza Aérea?

—¡Diablos, no! Vamos a echarle un vistazo.

El hombre cogió una piedra.

—¡Atrás! Lo encontré con los restos del accidente aéreo. ¡Las fuerzas aéreas pagarán un montón para recuperar esta bomba atómica!

—Eso no se parece a ninguna bomba atómica que yo haya visto —dijo Fred—. Mira lo que pone en el lateral. Ni siquiera es inglés.

—¡Claro que no! Debe de ser una arma secreta. Por eso la han revestido de una manera tan rara.

—¿Quiénes?

—Ya os he dicho más de lo que quería. Fuera de mi camino.

Fred miró al viejo cascarrabias.

—Me has despertado la curiosidad —dijo—. Cuéntame más.

—¡Fuera de mi camino, chaval! ¡Una vez maté a un hombre por una lata de maíz molido!

Fred rebuscó en su chaqueta. Sacó una pistola con una embocadura que parecía un trozo de cañería.

Propiedad de Scyla Editores

—Se estrelló anoche —dijo el viejo con ojos enloquecidos—. Me despertó. Iluminó todo el cielo. Lo he estado buscando todo el día, me imaginaba que los bosques estarían infestados de gente de la Fuerza Aérea y de policías estatales, pero no ha venido nadie.

»Lo encontré justo antes del anochecer. Se rompió en mil pedazos, maldita sea. Las alas salieron completamente disparadas de ese chisme cuando se estrelló. Toda esa gente vestida tan rara quedó desparramada por ahí. Las mujeres también. —Bajó la cabeza un minuto, avergonzado—. En cualquier caso, estaban todos muertos. Debe de haber sido un avión a reacción, no encontré propulsores ni nada. Y esta bomba atómica de aquí... pues estaba ahí tendida, entre los restos. Supuse que la Fuerza Aérea pagaría muy bien por recuperarla. Una vez un amigo mío encontró una sonda meteorológica y le dieron un dólar y cuarto. ¡Supongo que esto es como un millón de veces más importante que aquello!

Fred rió.

—Un pavo con veinticinco, ¿eh? Te daré diez dólares.

—¡Puedo conseguir un millón!

Fred amartilló el revólver.

—Cincuenta —dijo el viejo.

—Veinte.

—No es justo. Pero me los quedo.

♥

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Ed.

—Llevárselo al Dr. Tod —dijo Fred—. Él sabrá qué hacer con él. Es del tipo científico.

—¿Y si no es una bomba A?

—Bueno, no creo que las bombas A tengan boquillas de aspersión. Y el viejo tenía razón. Los bosques estarían infestados de gente de la Fuerza Aérea si hubieran perdido una bomba atómica. Demonios, sólo han explotado cinco. No pueden tener más de una docena y lo más seguro es que sepan dónde está cada una de ellas en cada momento.

—Bueno, una mina no es —dijo Ed—. ¿Qué crees que es?

—No me importa. Si vale dinero, el doctor Tod lo repartirá con nosotros. Es un tío formal.

—Para ser un criminal —dijo Ed.

Rieron y rieron y la cosa traqueteó de un lado a otro en el remolque.

♣

Los policías militares llevaron al pelirrojo a su despacho y les presentaron.

—Por favor, tome asiento, doctor —dijo A. E. Encendió su pipa.

Propiedad de Scyla Editores

El hombre parecía incómodo, como debía de estar tras dos días de interrogatorios por parte de los servicios de inteligencia del ejército.

—Me han contado lo que ha pasado en White Sands y que no quiere hablar con nadie si no es conmigo —dijo A.E.—. ¿Entiendo que le administraron pentotal sódico y que no le hizo ningún efecto?

—Me puse borracho —dijo el hombre, cuya cabellera parecía naranja y amarilla bajo aquella luz.

—¿Pero no habló?

—Algo dije, pero no lo que querían oír.

—Muy inusual.

—Química sanguínea.

A.E. suspiró. Miró por la ventana de su despacho de Princeton.

—Muy bien, pues. Escucharé su historia. No estoy diciendo que vaya a creérmela, pero la escucharé.

—Está bien —dijo el hombre, que inspiró profundamente—. Aquí va.

Empezó a hablar, lentamente al principio, formando sus palabras con cuidado, ganando confianza conforme charlaba. Al empezar a hablar más rápido, volvió a arrastrar un acento que A.E. no podía ubicar, como de un nativo de Fiyi que hubiera aprendido inglés de un sueco. A.E. rellenó su pipa dos veces; después la dejó a un lado, apagada, tras rellenarla por tercera vez. Estaba sentado ligeramente inclinado hacia adelante y asentía ocasionalmente, su cabellera gris aureolada a la luz de la tarde.

El hombre acabó.

A.E. se acordó de su pipa, buscó una cerilla y la encendió. Se puso las manos tras la cabeza. Había un pequeño agujero en su jersey cerca del codo izquierdo.

—Jamás creerán nada de eso —dijo.

—¡No me importa mientras hagan algo! —dijo el hombre—. Mientras lo recupere.

A.E. lo miró.

—Si le creen, las implicaciones de todo esto eclipsarán el motivo por el que está aquí. El hecho de que usted se halle aquí, si sigue mi razonamiento.

—Bueno, ¿qué podemos hacer? Si mi nave aún fuera operativa, estaría buscando yo mismo. Hice lo que era la segunda mejor opción, aterrizar en algún lugar donde estuviera seguro de que llamaría la atención y pedir hablar con usted. Quizá otros científicos, otros institutos de investigación…

A.E. rió.

—Perdóneme. Usted no se da cuenta de cómo se hacen las cosas aquí. Necesitaremos a los militares. Tendremos a los militares y al gobierno queramos o no, así que lo mejor es que los tengamos en las mejores condiciones posibles, las nuestras, desde el principio. El problema es que tenemos que pensar en algo que les resulte plausible, y así movilizarlos en la búsqueda.

Propiedad de Scyla Editores

»Hablaré con la gente del ejército sobre usted y después haré unas llamadas a amigos míos. Acabamos de concluir una gran guerra global y hay muchas cosas que pueden pasar desapercibidas o que se pierden en la confusión. Quizá podamos sacar algo de ahí.

»Lo único es que será mejor que lo hagamos todo desde una cabina. Los policías militares nos acompañarán, así que tendré que hablar en voz baja. Dígame —dijo, cogiendo el sombrero del rincón de una estantería abarrotada—, ¿le gusta el helado?

—¿Lactosa y azúcar sólidos congelados en una mixtura que se mantiene por debajo del punto de congelación? —preguntó el hombre.

—Le aseguro —dijo A. E.— que es mejor de lo que parece, y muy refrescante.

Cogidos del brazo, salieron por la puerta del despacho.

Jetboy dio unas palmaditas al lateral lleno de marcas de su avión. Estaba en el Hangar 23. Linc salió de su despacho limpiándose las manos con un trapo grasiento.

—¡Eh! ¿Cómo te ha ido? —preguntó.

—Genial. Querían el libro de memorias. Va a ser su gran lanzamiento de primavera si lo tengo a tiempo, o eso dicen.

—¿Aún estás convencido de vender al avión? —preguntó el mecánico—. Seguro que no te gustará nada ver cómo se lo llevan.

—Ya, pero esa parte de mi vida se ha acabado. Siento que si vuelvo a volar alguna vez, incluso como pasajero de una aerolínea, será demasiado pronto.

—¿Qué quieres que haga?

Jetboy miró al avión.

—Te lo diré. Pon las extensiones de ala de gran altitud y los tanques. Así parece más grande y más brillante. Seguramente lo compre alguien de un museo, es lo que me figuro: voy a ofrecérselo primero a los museos. Si eso no funciona, pondré anuncios en los periódicos. Sacaremos el armamento más tarde si algún particular lo compra. Revísalo todo para ver que está en orden. No debería haberse trastocado mucho en el salto desde San Fran y además le dieron un buen repaso en Hickham Fields. Lo que creas que necesite.

—Por supuesto.

—Te llamaré mañana a menos que haya algo urgente.

AERONAVE HISTÓRICA EN VENTA: avión a reacción bimotor de Jetboy. 2 reactores de 545 kilos, velocidad 600 mph a 25.000 pies, autonomía 1.046 kilómetros, 1.000 w tanques (tanques y extensiones de ala incorporadas), largo 9,5 metros, envergadura 10 metros (15 con extensiones). Se aceptan ofertas

Propiedad de Scyla Editores

razonables. Debe verse para poder ser apreciado. Expuesto en el Hangar 23, Servicio aéreo de Bonham, Shantak, Nueva Jersey.

Jetboy se paró frente al escaparate de la librería contemplando las pirámides de nuevos títulos. Se notaba que el racionamiento de papel había acabado. El próximo año su libro estaría ahí. No un simple tebeo sino la historia de su papel en la guerra. Esperaba que fuera lo bastante bueno como para no pasar desapercibido en aquel revoltijo.

Alguien había dicho que parecía que cualquier maldito barbero o limpiabotas llamado a filas hubiera escrito un libro sobre cómo ganó la guerra.

Había seis libros de memorias sobre la guerra en un escaparate, de todo el mundo, desde un teniente coronel hasta un general. (¿Acaso no habían escrito bastantes libros aquellos barberos que habían sido soldados de primera?)

Quizá habían escrito algunas de las dos docenas de novelas de guerra que cubrían otro escaparate.

Había dos libros cerca de la puerta apilados en un aparador, bestsellers pasajeros que no eras novelas de guerra ni memorias.

Uno se titulaba *La langosta se ha posado*, firmado por un tal Abendsen (Hawthorne Abendsen, obviamente un seudónimo). El otro era un grueso volumen titulado *El cultivo de flores a la luz de las velas en habitaciones de hotel*, de alguien tan modesto que se hacía llamar la Sra. de Charles Fine Adams. Debía de ser un libro de poemas ilegibles que el público, en su locura, había aceptado. Sobre gustos no hay nada escrito.

Jetboy se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero y se dirigió al cine más cercano.

♣

Tod observó el humo que se elevaba desde el laboratorio y esperó a que el teléfono sonara. La gente iba y venía precipitadamente hacia el edificio que estaba a menos de un kilómetro de distancia. No había sucedido nada en dos semanas. Thorkeld, el científico que había contratado para encargarse de las pruebas, le había informado cada día. Aquello no tenía efecto alguno en monos, perros, ratas, lagartos, serpientes, ranas o incluso peces en el agua. El Dr. Thorkeld estaba empezando a pensar que los hombres de Tod habían pagado veinte dólares por un gas inerte contenido en un bonito recipiente. Unos momentos antes se había producido una explosión. Ahora esperaba.

El teléfono sonó.

—Tod… Dios, soy Jones, del laboratorio, es… —La estática se apoderó de la línea—. ¡Santo Dios! Thorkeld está… Todos están… —Se produjo un ruido sordo al otro lado del teléfono—. ¡Dios…!

Propiedad de Ediciones Edilibres

—Calma —dijo Tod—. ¿Todos los que han salido del laboratorio están a salvo?

—Sí, sí. El… ¡oooh! —Se oyó a alguien vomitar al otro lado del teléfono.

Tod esperó.

—Lo siento, Dr. Tod. El laboratorio aún está sellado. El fuego… hay un pequeño incendio en el exterior. Alguien tiró una colilla.

—Explícame qué ha pasado.

—Había salido fuera a fumar. Alguien ha debido de hacer algún desbarajuste dentro, habrá dejado caer algo. Yo… no sé. Es… La mayoría están muertos, creo. Espero. No sé. Hay algo… Espere, espere. Alguien se mueve en el despacho, lo veo desde aquí, hay…

Se oyó el ruido de alguien que descolgaba el aparato. El volumen de la línea cayó.

—Tog, Tog —dijo una voz, o algo que se le parecía.

—¿Quién es?

—Thorgk…

—¿Thorkeld?

—Gah. Yuda. Yuda. Gah.

Se oyó un sonido similar al de un saco lleno de calamares volcado sobre un tejado corrugado.

—Blub. —Entonces llegó un sonido de gelatina vertida en un cajón atestado.

Hubo un disparo y el receptor rebotó contra el escritorio.

—Se… se ha pegado un tiro —dijo Jones.

—Voy ahora mismo —dijo Tod.

♥

Tras la limpieza, Tod estaba de nuevo en su despacho. No había sido bonito. El recipiente seguía intacto. Fuera lo que fuera el accidente, había sido con una muestra. Los otros animales estaban bien. Sólo afectaba a las personas. Tres habían muerto sin más. Uno, Thorkeld, se había suicidado. Él y Jones habían tenido que matar a dos más. Una séptima persona estaba desaparecida pero no había salido por ninguna puerta o ventana.

Tod se sentó en su silla y reflexionó durante un rato largo, muy largo. Después extendió la mano y pulsó el botón de su escritorio.

—¿Sí, doctor? —preguntó Filmore entrando en la sala con un montón de telegramas y órdenes de corretaje bajo el brazo.

El Dr. Tod abrió la caja fuerte y empezó a sacar billetes.

—Filmore, me gustaría que bajaras a Port Elizabeth, Carolina del Norte, y me compraras cinco globos tipo dirigible. Diles que soy vendedor de coches. Consigue un millón de metros cúbicos de helio, para que los entreguen en un almacén del sur de Pennsy. Saca todo el material y dame una lista completa de

Propiedad de Scyla Editores

lo que tenemos: cualquier cosa que necesitemos podemos conseguirla de sobra. Contacta con el capitán Mack, a ver si todavía tiene aquel buque de carga. Necesitaremos pasaportes nuevos. Consígueme a Cholley Sacks, necesitaré un contacto en Suiza. Y un piloto con licencia para dirigible. Algunos trajes de inmersión y oxígeno. Lastre, de un par de toneladas. Un visor de bombardeo. Cartas de navegación. Y tráeme una taza de café.

—Fred tiene una licencia de piloto de dirigible —dijo Filmore.

—Esos dos nunca dejan de sorprenderme —dijo el Dr. Tod.

—Pensé que ya habíamos jugado nuestra última carta, jefe.

—Filmore —dijo y miró al hombre que había sido su amigo durante veinte años—. Filmore, algunas cartas tienes que jugarlas, quieras o no.

*Dewey era almirante en la bahía de Manila*
*Dewey fue candidato hace pocos días*
*Ella casi lloró al decir «sí, quiero»*
*¿Tú y yo nos queremos? ¡Decir que sí debo!*

Los niños del patio del edificio de apartamentos saltaban a la comba. Habían empezado en el momento en que habían llegado de la escuela.

Al principio molestaron a Jetboy. Se levantó de la máquina de escribir y se dirigió a la ventana. En vez de gritarles, les observó.

De todos modos, lo de escribir no estaba yendo muy bien. Lo que parecían sólo los hechos cuando se lo contaba a los chicos del G-2 durante la guerra quedaban como fanfarronadas por escrito una vez que se convertían en palabras:

«Tres aviones, dos ME-109 y un TA-152, salieron de las nubes hacia el B-24 que estaba tocado. Había sufrido graves daños por fuego antiaéreo. Dos hélices estaban en bandolera y la torreta superior había desaparecido.

Uno de los 109 inició un descenso suave, probablemente para hacer una maniobra de tonel rápido y disparar en los bajos del bombardero.

Hice descender mi avión en un viraje largo y disparé una ráfaga de deflexión cuando estaba a unos 700 metros de distancia, cerrando la maniobra. Vi tres impactos, después el 109 se desintegró.

El TA-152 me había visto y se lanzó a interceptarme. Mientras el 109 estallaba, reduje la velocidad y activé mis frenos aéreos. El 152 apareció a menos de 50 metros de distancia. Vi la expresión de sorpresa en el rostro del piloto. Disparé una ráfaga con mi cañón de 20 mm mientras él pasaba a toda velocidad. Todo lo de la cabina salió volando por los aires.

Ascendí. El último 109 estaba tras el Liberator. Estaba disparando con sus ametralladoras y su cañón. Había sacado el artillero de cola y la torreta de los bajos no podía elevarse lo suficiente. El piloto del bombardero estaba

Propiedad de Scyla Editores

moviendo la cola para que los artilleros de cintura pudieran disparar pero sólo el arma del lado izquierdo estaba operativa. Estaba a más de una milla de distancia, pero había virado por arriba hacia la derecha. Incliné el morro y disparé una descarga del cañón de 75 mm justo antes de que el punto de mira pasara por delante del 109.

Toda la parte central del caza desapareció: pude ver Francia a través de él. La única imagen que tengo es la de mí mismo mirando hacia abajo desde encima de un paraguas abierto y que alguien lo plegara de repente. El caza parecía el espumillón de un árbol de Navidad al caer.

Después, los pocos artilleros que quedaban en el B-24 abrieron fuego sobre mí, sin reconocer mi avión. Transmití rápidamente mi código de identificación pero su receptor debía de haber caído. Había dos paracaídas alemanes bastante abajo. Los pilotos de los dos primeros cazas debían de haber salido. Volví a mi base.

Cuando hicieron el mantenimiento, vieron que faltaba uno de mis proyectiles de 75 mm y sólo doce obuses de 20 mm. Había abatido tres aviones enemigos.

Más tarde supe que el B-24 se había estrellado en el Canal y que no había habido supervivientes.»

«¿Quién necesita esto?», pensó Jetboy. «La guerra ha terminado. ¿Hay alguien que de verdad quiera leer *The Jet-Propelled Boy* cuando se publique? ¿Hay alguien, exceptuando a los idiotas, que aún quiera leer *Jetboy Comics*?

»Ni siquiera creo que me necesiten. ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Combatir el crimen? Ya me veo ametrallando coches llenos de ladrones de bancos en plena huida. Eso sí que sería una pelea justa. ¿Exhibiciones aéreas? Aquello se acabó con Hoover y, además, no quiero volver a volar. Este año volará más gente en las aerolíneas comerciales, de vacaciones, que la que ha habido en el aire los últimos cuarenta y tres años, incluyendo a los pilotos encargados del correo, a los fumigadores y a los de guerra.

»¿Qué puedo hacer? ¿Romper un monopolio? ¿Perseguir a los especuladores de la guerra? Ese trabajo es un verdadero callejón sin salida para ti. ¿Castigar a viejos que están robando a los orfanatos de un Estado ciego y matando de hambre y maltratando a los niños? No me necesitáis a mí para eso, necesitáis a Spunky, Alfalfa y Buckwheat.[8]»

*Pim, pam, pumba*
*Hitler está en la tumba.*
*Mussolini no da guerra*
*A dos metros bajo tierra.*

[8] N. de la T.: Se refiere a tres de los personajes de la comedia *La Pandilla*, que se emitió entre los años 20 y 30 y que narraba las aventuras de una pandilla de niños.

Propiedad de Scyla Editores

Los niños cantaban en el exterior, haciendo ahora la doble comba al girar cada cuerda en direcciones opuestas. «Los niños tienen demasiada energía», pensó. Se aceleraron un rato y después rebajaron el ritmo.

*En el calabozo, muy hundidito*
*el viejo Hitler está dormidito*
*le rascan los pies los alemanitos*
*En el calabozo, muy hundidito*

Jetboy se alejó de la ventana. «A lo mejor lo que me hace falta es ir al cine otra vez.»

Desde su encuentro con Belinda, no había hecho mucho más que leer, escribir e ir al cine. Antes de volver a casa, las dos últimas películas que había visto, en un auditorio abarrotado en Francia a finales del 44, había sido una sesión doble de lo más cursi. *That Nazty Nuisance*, un film de United Artists hecho en el 43 con Bobby Watson como Hitler y uno de los actores de reparto preferidos de Jetboy, Frank Faylen, había sido la mejor de las dos películas. La otra era un bodrio de la PRC, *Jive Junction*, protagonizada por Dickie Moore, sobre un hatajo de *hepcats*[9] bailando *jitterbug* en una heladería.

Lo primero que había hecho después de conseguir su dinero y encontrar un apartamento fue buscar el cine más próximo, donde había visto *Murder, He Says*, sobre una casa llena de paletos extraños, con Fred McMurray y Marjorie Main, y un actor llamado Porter Hall que interpretaba a dos gemelos asesinos llamados Bert y Mert. «¿Quién es quién?», pregunta McMurray. Marjorie Main cogía un palo y golpeaba en mitad de la espalda a uno de ellos, que se quedaba contraído de cintura para arriba en una distorsionada caricatura de humanidad pero se mantenía en pie. «Éste de aquí es Mert», dice Main tirando el hacha sobre un montón de leña. «Tiene una espalda traicionera.» Había radio y un montón de homicidios, y Jetboy pensó que era la película más divertida que había visto nunca.

Desde entonces había ido al cine todos los días; a veces iba a tres cines y veía entre tres y seis películas al día. Se estaba adaptando a la vida de civil, como habían hecho la mayoría de soldados y marineros, viendo películas.

Había visto *Días sin huella*, con Ray Milland y Frank Faylen de nuevo, esta vez como enfermero en un psiquiátrico; *Lazos humanos*; *El regreso de aquel hombre*, con William Powell bordando el papel de alcohólico; *Bring on the Girls*; *It's in the Bag* con Fred Allen; *La rubia de los cabellos de fuego*; *También somos seres humanos* (Jetboy había sido el tema de una de las columnas

[9] N. de la T.: Los *hepcats* eran miembros de una de las subculturas urbanas de los años 40 caracterizados por su afición a la música *swing*; en este caso, se refiere a una de las variantes más enérgicas y acrobáticas de este estilo: el *jitterbug*.

Propiedad de Sola Editores

de Pyle en el 43); una película de terror titulada *La isla de los muertos* con Boris Karloff; un nuevo tipo de película italiana llamada *Roma, ciudad abierta* en una galería de arte; y *El cartero siempre llama dos veces*.

Y había otras películas, westerns y policíacas de Monogram, PRC y Republic, películas que había visto en cines de barrio abiertos 24 horas y que había olvidado a los diez minutos de salir de las salas. Por la falta de estrellas y el aspecto de no ser aptos para el servicio militar de los protagonistas, habían sido las segundas mitades de las sesiones dobles hechas durante la guerra, todo exactamente en una hora cincuenta y nueve minutos de metraje.

Jetboy suspiró. Tantas películas, tantas cosas se había perdido durante la guerra… Incluso se había perdido los días V-E y V-J, atrapado en aquella isla, antes de que la tripulación del buque *USS Reluctant* los encontraran, a él y su avión. Por la manera en que hablaban los chicos del *Reluctant*, uno habría pensado que también se habían perdido la mayor parte de la guerra y las películas.

Este otoño había un montón de películas que tenía ganas de ver, de ir a verlas cuando las estrenaran, como hacía todo el mundo, como él solía hacer en el orfanato.

Jetboy volvió a sentarse ante la máquina de escribir. Si no trabajo, no acabaré este libro. Iré al cine por la noche.

Empezó a mecanografiar todas las cosas excitantes que había hecho el 12 de julio de 1944. En el patio, las mujeres llamaban a cenar a los niños mientras sus padres regresaban del trabajo. Un par de niños seguían saltando a la comba allí fuera, sus voces sonaban agudas en el aire de la tarde:

*Hitler, Hitler es así*
*Mussolini se inclina así*
*Sonjia Henie patina así*
*¡Y Bettty Grable pisa así!*

El mercero de la Casa Blanca estaba teniendo un día de mierda. Había empezado con una llamada de teléfono un poco antes de las 6 de la mañana: los pusilánimes del Departamento de Estado tenían noticias frescas desde Turquía. Los soviéticos estaban moviendo a todos sus hombres cerca de las fronteras de esa nación.

—Bien —dijo el hombre franco de Missouri—, llámenme cuando hayan cruzado la maldita frontera y no antes.

Y ahora esto.

El hijo predilecto de Independence observó cómo se cerraba la puerta. Lo último que vio fue el talón de Einstein desapareciendo. Necesitaba que le pusieran medias suelas.

Propiedad de Scyla Editores

Se reclinó en su silla, levantó sus gruesas gafas de la nariz y se restregó los ojos vigorosamente. Después, el presidente juntó las yemas de los dedos, con los codos reposando en el escritorio. Contempló la pequeña maqueta de un arado que había en la parte delantera de su escritorio (había reemplazado la maqueta del M1 Garand que había descansado allí desde el día que asumió el cargo hasta el día V-J). Había tres libros en la esquina derecha del escritorio: una Biblia, un diccionario manoseado y una historia ilustrada de los Estados Unidos. Había tres botones en su escritorio, para llamar a varios secretarios, pero nunca los había usado.

«Ahora que ha llegado la paz, lucho para evitar que estallen diez guerras en veinte lugares distintos; hay huelgas en todas las industrias y es una auténtica pena, la gente está pidiendo a gritos más coches y frigoríficos y están tan cansados como yo de la guerra y sus alarmas.

»Y tengo que agitar el avispero de nuevo, hacer que todo el mundo salga a buscar una condenada bomba de gérmenes que podría estallar e infectar a todos los Estados Unidos y matar a la mitad de la población o más.

»Habría sido mejor seguir luchando con palos y piedras.

»Cuanto antes vuelva a poner mi culo en el 219 de North Delaware, en Independence, mejor estaremos yo y todo este puñetero país.

»A menos que ese hijo de perra de Dewey quiera competir por la presidencia otra vez. Como dijo una vez Lincoln, preferiría tragarme una mecedora de cuerno de ciervo que dejar que ese cabrón llegue a presidente.

»Eso es lo único que podría mantenerme aquí cuando haya acabado con el mandato de Roosevelt.

»Cuanto antes empecemos a cazar gamusinos, antes dejaremos atrás la segunda guerra mundial.»

Cogió el teléfono.

—Póngame con el jefe de personal —dijo.

—Mayor Truman al habla.

—Mayor, soy el otro Truman, su jefe. Póngame al general Ostrander al aparato, ¿quiere?

Mientras esperaba, miró más allá del ventilador que había en la ventana (odiaba el aire acondicionado), hacia los árboles.

El cielo era del tipo de azul que rápidamente se convierte en un tono bronce durante el verano.

Miró el reloj de pared: las 10.23, horario de verano de la costa Este.

Qué día. Qué año. Qué siglo.

—Aquí el general Ostrander, señor.

—General, nos acaba de caer otro marrón…

♣

Propiedad de Scyla Editores

Un par de semanas después llegó la nota:

> Depositen 20 millones de dólares en la cuenta #43Z21, Credit Suisse, Berna antes de las 2300Z del 14 de septiembre o perderán una gran ciudad. Conocen esta arma; su gente la ha estado buscando. Está en mi poder; usaré la mitad en la primera ciudad. El precio para evitar que la use por segunda vez serán 30 millones. Tienen mi palabra de que no se usará si se efectúa el primer pago y que se enviarán las instrucciones sobre el paradero del arma para que pueda ser recuperada.

El hombre franco de Missouri cogió el teléfono.

—Movilice a todo el mundo, hasta el escalafón más alto —dijo—. Llame al gabinete, reúna a los jefes del Estado Mayor. Y Ostrander…

—¿Sí, señor?

—Mejor contacte con ese chico aviador, ¿cómo se llama…?

—¿Se refiere a Jetboy, señor? Ya no está en el servicio activo.

—Y un cuerno que no. ¡Ahora lo está!

—Sí, señor.

♠

Eran las 14.24 del martes 15 de septiembre de 1946 cuando aquello apareció por primera vez en las pantallas de los radares.

A las 14.31 aún estaba moviéndose hacia la ciudad a una altitud de casi seis mil pies.

A las 14.41 hicieron sonar la primera de las sirenas antiaéreas, que no se habían usado en Nueva York desde abril de 1945 en un simulacro de apagón.

A las 14.48 cundió el pánico.

Alguien de la oficina municipal pulsó los botones equivocados. Se fue la luz, excepto en los hospitales, la policía y las estaciones de bomberos. Los metros se pararon. Todo cerró y las luces de los semáforos dejaron de funcionar. La mitad de los equipamientos de emergencia, que no habían sido revisados desde el final de la guerra, no lograron ponerse en marcha.

Las calles se llenaron de gente. Los policías salieron corriendo para tratar de dirigir el tráfico. Algunos de los agentes fueron presa del pánico cuando se les repartieron máscaras antigás. Los teléfonos se colapsaron. En los cruces estallaron varias peleas, la gente se atropellaba en las salidas del metro y en las escaleras de los rascacielos. Los puentes se atascaron.

Llegaron órdenes contradictorias. «Llevad a la gente a los refugios antiaéreos.» «No, no, evacuad la isla.» Dos policías en la misma esquina vociferaban órdenes distintas a la multitud.

Propiedad de Scyla Editores

Su atención se dirigió pronto a algo que había en el cielo, al sudeste. Era pequeño y brillante.

Las baterías antiaéreas empezaron a disparar, sin efecto alguno, tres kilómetros por debajo.

Se acercaba y se acercaba.

Cuando las armas que estaban en Jersey empezaron a disparar, cundió realmente el pánico.

Eran las 15.00.

—La verdad es que es bastante sencillo —dijo el Dr. Tod. Miró hacia abajo, a Manhattan, que se extendía por debajo como un tesoro. Se giró hacia Filmore y lanzó un dispositivo cilíndrico alargado que parecía el cruce entre una bomba de tubo y un candado con combinación—. Si algo me pasara, inserta este detonador en la ranura de los explosivos. —Señaló la sección del recipiente, cubierto de una escritura parecida al sánscrito, donde estaba la abertura tapada con cinta adhesiva—. Introduce la combinación, que es el número quinientos, y después tira de esta palanca. —Señaló el pestillo de la bodega de bombas—. Caerá por su propio peso; me equivoqué con lo de los visores de bombardeo. La precisión milimétrica no es nuestro objetivo.

Miró a Filmore a través de la reja del casco de su escafandra. Todos llevaban escafandras con tubos conectados a un suministro de oxígeno centralizado.

—Asegúrate, por supuesto, de que todos llevan ajustada la escafandra. Vuestra sangre herviría en esta atmósfera. Y estos trajes sólo pueden resistir la presión durante los pocos segundos en que la trampilla de la bomba se abra.

—No espero que haya ningún problema, jefe.

—Tampoco yo. Después de bombardear Nueva York saldremos hacia nuestra cita con el buque, nos desharemos del lastre, bajaremos a tierra y nos encaminaremos hacia Europa. Para entonces, estarán más que encantados de pagarnos. No tienen modo de saber que usaremos toda el arma biológica. Unos siete millones de muertos deberían convencerles de que vamos en serio.

—Mirad eso —dijo Ed desde el asiento del copiloto—. Por ahí debajo. ¡Fuego antiaéreo!

—¿Cuál es nuestra altitud? —preguntó el Dr. Tod.

—Ahora mismo, cincuenta y ocho mil pies —dijo Fred.

—¿Y el objetivo?

Ed suspiró y comprobó un mapa.

—A veinticinco kilómetros, justo delante. No cabe duda de que ha invocado esas corrientes de viento justo en el momento adecuado, Dr. Tod.

Propiedad de Scyla Editores

♥

Le habían enviado a un aeródromo en las afueras de Washington D.C. a esperar. Así estaría cerca de la mayoría de las principales ciudades de la costa Este. Había pasado una parte del día leyendo, otra durmiendo y el resto hablando de la guerra con algunos de los otros pilotos. La mayoría, no obstante, eran demasiado nuevos como para haber combatido más allá de los últimos días de la guerra.

La mayoría eran pilotos de reactores, como él, que habían hecho su adiestramiento con P-59 Aircomets o P-80 Meteoros. Unos pocos de los que estaban en la sala de espera pertenecían a un escuadrón de P-51 a hélices. Había un poco de tensión entre los jinetes de los reactores y los pilotos de los pistones.

Con todo, todos ellos eran una raza nueva. Ya se hablaba de que Truman iba a hacer de la Fuerza Aérea del Ejército una rama separada, la Fuerza Aérea sin más, en el año próximo. Con diecinueve años, Jetboy sentía que su tiempo ya había pasado.

—Están trabajando en algo —dijo uno de los pilotos— que irá más allá de la barrera del sonido. Bell está detrás de eso.

—Un amigo mío que está en Muroc dice que esperan hasta que tengan el Ala Aérea operativa. Ya están trabajando en una versión completamente a reacción. Un bombardero que pueda recorrer trece mil millas a quinientas por hora, lleve una tripulación de trece, catres para siete... ¡Y pueda estar en funcionamiento un día y medio! —dijo otro.

—¿Alguien sabe algo de esta alerta? —preguntó un chaval muy joven y nervioso con galones de segundo grado—. ¿Están los rusos metidos en algo?

—Oí que íbamos a ir a Grecia —dijo alguien—. Me voy a hartar de ouzo.

—Más bien vodka de patatas checo. Tendremos suerte si llegamos a Navidad.

Jetboy se dio cuenta de que echaba de menos, más de lo que creía, las bromas de la sala de espera.

El intercomunicador se encendió con un siseo y una bocina empezó a aullar. Jetboy miró el reloj. Eran las 14.25.

♣

Se dio cuenta de que echaba de menos algo más que las bromas de la Fuerza Aérea. Y era volar. Ahora lo revivía todo. Cuando se había dirigido a Washington la noche anterior había sido sólo un vuelo rutinario.

Ahora era distinto. Era otra vez como en tiempos de guerra. Tenía un vector. Tenía un objetivo. Tenía una misión.

Propiedad de Scyla Editores

También tenía puesto un traje de presión Navy T-2 experimental. Era el sueño de un fabricante de fajas, todo gomas y cordones, botellas de aire a presión y un verdadero casco espacial, como salido de *Planet Comics*, en la cabeza. Se lo habían ajustado la noche anterior, cuando vieron las alas para gran altitud y los tanques del avión.

—Mejor que le adaptemos esto —había dicho el sargento de vuelo.

—Tengo una cabina presurizada —dijo Jetboy.

—En ese caso, por si le necesitan y por si algo va mal.

El traje aún resultaba demasiado tirante y no había sido presurizado todavía. Los brazos habían sido confeccionados para un gorila y el pecho para un chimpancé.

—Agradecerá el espacio adicional si este trasto se hincha en una emergencia —dijo el sargento.

—Usted es el jefe —dijo Jetboy.

Incluso habían pintado el torso blanco y las piernas rojas a conjunto con su traje.

Su casco azul y las gafas protectoras se veían a través de la diáfana burbuja de plástico.

Mientras ascendía con el resto del escuadrón, se alegró de tenerlo. Su misión era acompañar en el vuelo a los P-80 e intervenir sólo si era necesario. Nunca había sido exactamente un jugador de equipo.

Delante, el cielo era azul como la cortina que hay en el fondo de *Venus, Cupido, la Locura y el Tiempo* de Bronzino, con una enorme nube en el norte. El sol se alzaba por encima de su hombro izquierdo. El escuadrón trazó un ángulo hacia arriba. Hizo oscilar las alas. Se desplegaron en formación escalonada y prepararon sus armas.

Los cañones de 20 mm empezaron a proferir sus repetitivos estruendos.

Los aviones de rastreo trazaron un arco por delante de las seis ametralladoras de calibre 50 de los P-80. Dejaron los aviones a hélices muy por detrás y colocaron los morros en dirección a Manhattan.

♠

Parecían un montón de abejas furiosas dando vueltas debajo de un halcón.

El cielo estaba lleno de aviones a reacción y cazas convencionales ascendiendo como las nubes de un huracán.

Encima había un objeto voluminoso que flotaba y se movía lentamente hacia la ciudad. Donde habría estado el ojo del huracán había un torrente de fuego antiaéreo más denso que cualquiera que Jetboy hubiera visto nunca sobre Europa o Japón.

Estaba estallando demasiado bajo, justo al nivel de los cazas más altos.

El caza de control les llamó.

Propiedad de Scyla Editores

—Comando Clark Gable a todos los escuadrones. Objetivo a las cinco cinco cero… repito, cinco cinco cero ángeles. Enemigo en movimiento a dos cinco nudos. Fuera del alcance del antiaéreo.

—Aborten —dijo el líder del escuadrón—. Trataremos de volar lo bastante alto como para lanzar fuego de deflexión. Escuadrón Hodiak, síganme. —Jetboy alzó los ojos al alto azul del cielo. El objeto continuaba su lento avance.

—¿Qué es lo que lleva? —preguntó al Comando Clark Gable.

—Comando a Jetboy. Algún tipo de bomba es lo que me han dicho. Tiene que ser una nave ultraligera o al menos de quinientos mil pies cúbicos para alcanzar esa altitud. Cambio.

—Estoy iniciando un ascenso. Si los otros aviones no pueden alcanzarlo, que aborten también.

Se produjo un silencio en la radio. Después:

—Cambio y corto.

Mientras los P-80 resplandecían como crucifijos de plata sobre él, colocó cuidadosamente el morro hacia arriba.

—Vamos, nena —dijo—. Vamos a volar un poco.

◆

Los Meteoros empezaron a menguar, deslizándose en la nada. Jetboy sólo percibía el sonido de su propia respiración en sus oídos y el agudo y débil zumbido de sus motores.

—Vamos, chica —dijo—. ¡Puedes hacerlo!

La cosa que estaba por encima había resultado ser una aeronave bastarda hecha de media docena de dirigibles con una barqueta por debajo. La barqueta tenía aspecto de haber sido en otro tiempo la carcasa de una lancha torpedera. Eso era todo lo que podía ver. Más allá, el aire era violeta y frío. Próxima parada, el espacio exterior.

El último de los P-80 se hizo a un lado en las escaleras azules del cielo. Unos pocos habían disparado ráfagas inconexas, algunos habían hecho maniobras de tonel rápido como solían hacer los cazas bajo los bombarderos durante la guerra. Disparaban cuando estaban apuntando hacia arriba. Todos sus cazas de rastreo habían caído bajo el dirigible.

Uno de los P-80 estaba luchando por mantener el control y había caído dos millas antes de conseguir estabilizarse.

El avión de Jetboy protestó entre zumbidos. Era difícil de controlar. Con cuidado volvió a apuntar hacia arriba; le costó conseguirlo.

—Que todo el mundo se aparte —le dijo al Comando Clark Gable. Aquí es donde te dan un poco de cancha para luchar —le dijo a su avión.

Soltó los tanques. Cayeron como bombas tras él. Pulsó el botón de activación de los cañones, que emitieron su ráfaga de estruendos. Así una y otra vez.

Propiedad de Scyla Editores

Las balas trazadoras describieron un arco hacia el objetivo y empezaron a caer también. Disparó cuatro tiros más hasta que su cañón se quedó sin proyectiles. Entonces descargó los calibre cincuenta gemelos de la cola, pero no tardó mucho en gastar el centenar de proyectiles.

Apuntó hacia abajo e inició una ligera caída, como un pescador que tantea para lanzar el anzuelo, ganando velocidad. Tras un minuto de maniobra enfiló hacia arriba, haciendo que el JB-1 iniciara un largo ascenso circular.

—Te sientes mejor, ¿eh? —preguntó.

Los motores golpearon contra el viento. La nave, liberada del peso, se elevó entre bandazos.

Por debajo estaba Manhattan con sus siete millones de habitantes. Debían de estar mirando desde allá abajo, sabiendo que quizá fuese lo último que vieran. Tal vez vivir en la Era Atómica debía de parecerse a esto, a estar mirando siempre hacia arriba pensando: «¿Será esta vez?»

Jetboy alargó un pie y levantó una palanca. El proyectil de un cañón de 75 mm se deslizó en el cargador. Puso la mano sobre la barra de carga automática y tiró un poco más del mando.

El reactor rojo cortó el aire como una cuchilla.

Ahora estaba cerca, más cerca de lo que habían llegado los demás, y aun así no estaba lo bastante cerca. Sólo tenía cinco asaltos para hacer el trabajo.

El reactor ascendió zozobrando en el vacío como si fuera un animal rojo que se abriera camino a zarpazos en un largo tapiz azul que se deslizara un poquito cada vez que el animal se impulsara.

Enfiló el morro hacia arriba.

Todo parecía congelado, en espera.

Una larga retahíla de cargas de ametralladora de rastreo salió de la barqueta hacia él como el abrazo de un amante.

Empezó a disparar el cañón.

DE LA DECLARACIÓN DEL AGENTE FRANCIS V. («FRANCIS EL POLICÍA HABLADOR») O'HOOEY, 15 SEPT. 1946, 18.45.

Estábamos mirando desde una calle por encima de la Sexta Avenida, intentando que la gente no se matara a empujones en estado de pánico. Entonces se fueron calmando al ver los combates aéreos y todo el follón de ahí arriba.

Un ornitólogo tenía un par de prismáticos, así que se los confisqué. Más o menos lo vi todo. Los reactores no estaban teniendo mucha suerte y todas las baterías antiaéreas que estaban en Bowery tampoco servían de mucho. Sigo diciendo que habría que demandar al ejército porque los tipos de Defensa

Propiedad de Scyla Editores

Aérea estaban tan asustados que se olvidaron de poner los temporizadores en los proyectiles y oí que algunos cayeron en el Bronx y volaron un edificio de apartamentos entero.

Sea como fuere, ese avión rojo, o sea, el avión de Jetboy, estaba subiendo y disparó toda su munición, creía yo, sin hacer ningún daño a aquella especie de globo.

Yo estaba en la calle y un camión de bomberos se paró, con las sirenas encendidas. Todo el distrito y los auxiliares iban en él y el teniente me estaba gritando que me subiera. Nos habían asignado al lado oeste para vigilar un atasco de tráfico y unos disturbios.

Así que salté al camión e intenté mantener la vista puesta en lo que estaba pasando en los cielos.

Los disturbios casi se habían acabado. Las sirenas anti-radar aún estaban aullando pero todo el mundo estaba por allí, plantados, contemplando boquiabiertos lo que estaba pasando allá arriba.

El teniente grita que al menos metamos a la gente en los edificios. Metí a unos pocos en los portales y eché otro vistazo con los prismáticos.

Que me aspen, Jetboy había derribado varios globos (dicen que usó un obús contra ellos) y esa cosa parece mayor: está cayendo un poco. Pero a él se le ha acabado la munición, no está tan alto como ese cacharro y empieza a volar en círculos.

He olvidado decirlo, todo ese tiempo aquella especie de zepelín disparaba tantas ametralladoras que parecía una bengala del 4 de Julio, y el avión de Jetboy no dejaba de recibir impactos.

Entonces hace girar el avión, lo endereza y se estrella justo en el como-se-llame, la barqueta; o sea, en el dirigible. Fue como si se mezclaran. Debía de estar moviéndose a una velocidad bajísima, casi como en punto muerto, y fue como si el avión se metiera en el lateral de aquella cosa. Pareció que el dirigible descendía un poco; no mucho, un mínimo. Entonces el teniente me quitó los prismáticos, me puse la mano encima de los ojos y traté de ver lo mejor que pude.

Hubo un destello de luz. Al principio pensé que todo había explotado y me metí debajo de un coche. Pero cuando miré hacia arriba el dirigible aún estaba allí.

—¡Cuidado! ¡Entra! —gritó el teniente. El pánico cundía entra la gente; estaban saltando bajo los coches y por todas partes, saltando por las ventanas... Durante un minuto o dos parecí uno de los Tres Chiflados.

Pocos minutos después llovían trozos de avión rojo por todas las calles y un montón en la Terminal Hudson…

Había humo y fuego por todas partes. La cabina se partió como un huevo y las alas se abrieron como un abanico. Jetboy se agitó cuando los cabrestantes

Propiedad de Soya Editores

del traje de presión se hincharon. Se había arqueado y debía de parecer un gato asustado.

Las paredes de la barqueta se habían rasgado como una cortina donde las alas del caza las habían impactado. Se formó una oleada de escarcha sobre la cabina destrozada a medida que el oxígeno salía por las grietas.

Jetboy se soltó los tubos. Su bombona tenía aire para cinco minutos. Forcejeó con el morro del avión, como si luchara contra bandas de hierro en sus brazos y piernas. Se suponía que todo lo que podía hacerse con esos trajes era salir eyectado y tirar de la anilla del paracaídas.

El avión se movió violentamente como un montacargas con un cable roto. El chico se agarró a una antena del radar con una mano enguantada y la sintió partirse y separarse del morro roto del avión. Se agarró a otra.

La ciudad estaba a veinte kilómetros por debajo de él, los edificios hacían que a lo lejos la isla pareciera un erizo. El motor izquierdo del avión, abollado y con fugas de combustible, se desprendió y cayó por debajo de la barqueta. Vio cómo se iba haciendo pequeño.

El aire era violeta como una ciruela; la tela de los dirigibles brillaba como el fuego a la luz del sol y los laterales de la barqueta estaban doblados y retorcidos como cartón barato.

Toda aquella cosa se estremeció como una ballena.

Alguien pasó volando por encima de la cabeza de Jetboy, a través del agujero en el metal, arrastrando tubos como si fueran los tentáculos de un pulpo. Varios desechos le siguieron por el aire a causa de la explosiva descompresión.

El reactor se hundió.

Jetboy introdujo la mano en el lateral desgarrado de la barqueta y encontró un punto de apoyo.

Notó que el arnés de su paracaídas estaba enganchado a la parrilla del radar. El avión se retorció. Notó su peso.

Dio un tirón al cierre de su arnés. La mochila del paracaídas se desprendió desgarrando la espalda y la entrepierna de su traje.

El avión se dobló por la mitad como una serpiente con la espalda rota y se desplomó, con las alas elevándose y rozando por encima la cabina destrozada, como si fuera una paloma tratando de batir las alas. Después, se torció hacia un lado y cayó en pedazos.

Debajo estaba el hombre que había caído de la barqueta convertido en un puntito, girando como un aspersor de jardín hacia la brillante ciudad que estaba mucho más abajo.

Jetboy vio el avión caer bajo sus pies. Quedó suspendido en el aire, a doce millas de altura, cogido por una mano.

Se agarró la muñeca derecha con la mano izquierda, se impulsó hacia arriba hasta que consiguió poner un pie en el lateral y consiguió abrirse camino hacia dentro.

Propiedad de Scyla Editores

Quedaban dos personas en el interior. Una estaba a los mandos y la otra estaba de pie en el centro de la torreta de la ametralladora destrozada, en un lado de la barqueta.

Jetboy cogió el 38 reglamentario que llevaba sujeto al pecho. Fue una agonía cogerla e intentar correr hacia el tipo que sostenía el detonador.

Llevaban trajes espaciales. Los trajes se habían hinchado. Tenían el aspecto de diez o doce pelotas de playa embutidas dentro de unos calzoncillos largos. Se movían con la misma lentitud que él.

Las manos de Jetboy se aferraron a la empuñadura del 38. Lo sacó de su funda de un tirón.

Se le escapó de la mano, rebotó en el techo y salió por el agujero por el que él había entrado.

El tipo de los mandos le disparó. Se lanzó hacia el otro hombre, el del detonador.

Su mano se cerró alrededor de la muñeca del traje espacial del otro justo cuando el hombre introducía el detonador cilíndrico en un lateral del recipiente esférico. Jetboy vio que el dispositivo entero yacía sobre una trampilla abatible.

El hombre sólo tenía media cara: Jetboy vio una superficie lisa de metal en un lado a través de la rejilla plateada de la escafandra.

El hombre retorció el detonador con ambas manos.

A través del techo retorcido del habitáculo del piloto, Jetboy vio que otro globo empezaba a deshincharse. La sensación fue de caída. Estaban precipitándose hacia la ciudad.

Jetboy asió el detonador con las dos manos. Sus escafandras entrechocaron cuando la nave dio una sacudida.

El tipo de los mandos estaba poniéndose un paracaídas y se dirigía hacia el desgarrón de la pared.

Otra sacudida lanzó por los aires, juntos, a Jetboy y al hombre del detonador. El tipo alcanzó la palanca de la trampilla por detrás de él lo mejor que pudo a pesar de su voluminoso traje.

Jetboy le agarró las manos y lo empujó hacia atrás.

Ambos cayeron violentamente sobre el recipiente con las manos entrelazadas en el traje del otro y el detonador en la bomba.

El hombre intentó alcanzar de nuevo la palanca. Jetboy lo apartó. El recipiente rodó como una enorme pelota de playa cuando la barqueta se escoró.

Miró a los ojos al hombre del traje espacial. Éste usó los pies para volver a situar el recipiente sobre la trampilla. Su mano volvió a buscar la palanca.

Jetboy hizo girar el detonador, parcialmente, en sentido contrario.

El hombre del traje le cogió por detrás. Había sacado una 45 automática. Sacó de un tirón la pesada mano enguantada del detonador y descorrió el pasador. Jetboy vio la embocadura apuntándole.

Propiedad de Scyla Editores

—¡Muere, Jetboy! ¡Muere! —dijo.
Apretó el gatillo cuatro veces.

DECLARACIÓN DEL AGENTE FRANCIS V. O'HOOEY,
15 SEPT. 1946, 18:45. (CONTINUACIÓN).

Así que cuando las piezas de metal dejaron de caer todos salimos corriendo y miramos al cielo.

Vi el punto blanco por debajo de aquella especie de dirigible. Le cogí los binoculares al teniente.

Efectivamente, era un paracaídas. Esperaba que fuera Jetboy el que se había salvado cuando su avión se estrelló contra aquello.

No sé mucho de esas cosas, pero sé que un paracaídas no debe abrirse tan arriba o te metes en un problema serio.

Entonces, mientras estaba mirando, los dirigibles y todo lo demás estallaron al mismo tiempo. O sea, estaban allí, estalló todo y ya no había más que humo y restos por el cielo.

La gente de alrededor empezó a aplaudir. El chico lo había conseguido: lo había hecho estallar antes de que pudiera dejar caer la bomba A sobre la isla de Manhattan.

Entonces el teniente dijo que nos metiéramos en el camión, que intentaríamos recoger al chico.

Nos subimos de un salto y tratamos de averiguar dónde iba a aterrizar. Allá por donde pasábamos había gente plantada en medio de los restos de automóviles y de incendios y todo eso, mirando al cielo y aplaudiendo al paracaídas.

Me di cuenta de que había una gran mancha en el aire después de la explosión cuando llevábamos unos diez minutos dando vueltas. Los otros reactores que habían estado con Jetboy habían vuelto, estaban revoloteando por los aires, y también algunos Mustang y Thunderjugs. Aquello era como una exhibición aérea de fin de semana.

No sé muy bien cómo llegamos cerca del Puente antes que nadie. Vino bien, porque cuando alcanzamos el agua vimos a aquel tipo caer en ella a unos seis metros de la orilla. Se zambulló como una piedra. Llevaba una especie de traje espacial. Saltamos al agua y cogí un trozo del paracaídas. Un bombero agarró uno de los tubos y lo arrastramos hasta la orilla.

Bueno, no era Jetboy, era uno al que conocíamos como Edward «Dulce Eddy» Shiloh, un delincuente de muy poca monta.

Y además estaba en malas condiciones. Conseguimos una llave inglesa del camión de bomberos y le reventamos la escafandra; estaba morado como un nabo ahí metido. Había tardado veintisiete minutos en llegar a tierra. Se había desmayado por no tener bastante aire allá arriba, y estaba tan congelado que oí que tuvieron que amputarle uno de los pies y toda la mano izquierda excepto el pulgar.

Propiedad de Scyla Editores

Pero había saltado de aquel aparato antes de que estallara. Volvimos a mirar hacia arriba, con la esperanza de ver el paracaídas de Jetboy o algo, pero no había nada, sólo aquel gran borrón neblinoso y un montón de aviones zumbando alrededor.

Llevamos a Shiloh al hospital.

Ése es mi informe.

DECLARACIÓN DE EDWARD «DULCE EDDY» SHILOH,
16 SEPT. 1946 (EXTRACTO)

… los cinco proyectiles en un par de los globos. Después estrelló el avión directamente contra nosotros. Los muros explotaron. Fred y Filmore fueron expelidos sin sus paracaídas.

Cuando la presión cayó me sentí como si no pudiera moverme porque el traje estaba muy tenso. Intenté coger mi paracaídas. Vi que el Dr. Tod tenía el detonador y que iba a ponerlo en la bomba.

Noté que el avión se caía de la barqueta. Lo siguiente que recuerdo es que Jetboy estaba plantado justo delante del agujero que había hecho su avión.

Saco mi pipa cuando veo que lleva una arma. Pero el revólver se le cae y se dirige hacia Tod.

—¡Detenle! ¡Detenle! —grita Tod por la radio del traje. Disparo un tiro limpio pero fallo. Entonces está encima de Tod y de la bomba y en ese instante decido que mi trabajo terminó hace unos cinco minutos y que no me van a pagar las horas extras.

Así que me largo y todo el griterío y el alboroto me llega por la radio mientras pelean. Tod grita y saca su 45; juro que le metió cuatro tiros a Jetboy desde más cerca de lo que estamos ahora. Entonces se caen juntos y yo salto por el agujero del lateral.

Pero hice una tontería: tiro del cordón demasiado pronto y mi paracaídas no se abre bien y se enreda, y empiezo a desmayarme. Justo antes de hacerlo, aquella cosa explota encima de mí.

Sólo recuerdo despertarme aquí y resulta que me sobra un zapato, ¿sabe lo que le digo?...

… ¿Qué decían? Bueno, casi todo era confuso. A ver. Tod dijo «párale, párale» y disparé. Después me escapé por el agujero. Estaban gritando. Sólo pude oír a Jetboy cuando sus cascos chocaron, a través de la radio de Tod. Debieron de haberse dado muchos golpes porque oí que los dos respiraban con dificultad.

Entonces Tod cogió el arma y disparó a Jetboy cuatro veces y dijo «¡muere, Jetboy! ¡Muere!» y salté, y debieron de forcejear un segundo y oí que Jetboy decía: «No puedo morir aún. No he visto *The Jolson Story*.»

♥

Propiedad de Scyla Editores

Habían pasado ocho años desde el día en que Thomas Wolfe había muerto, pero era la clase de día que le gustaba. Por toda América y el hemisferio norte, era uno de aquellos días en que el verano afloja un poco, en que el aire viene de nuevo de los polos y Canadá más que del Golfo y del Pacífico.

Al final erigieron un monumento a Jetboy, «el chico que no podía morir aún». Un veterano curtido en batalla de diecinueve años había impedido que un loco hiciera volar Manhattan. Cuando se impuso la sangre fría, se dieron cuenta de eso.

Pero llevó un tiempo recordarlo. Y salir a la calle para ir al colegio o comprar aquella nevera nueva. Llevó un tiempo a todo el mundo recordar cómo eran las cosas antes del 15 de septiembre de 1946.

Cuando la gente de Nueva York miró al cielo y vio cómo Jetboy hacía estallar la nave atacante pensaron que sus problemas se habían acabado.

Estaban tan equivocados como una serpiente en una autopista de ocho carriles.

—Daniel Deck
*Godot es mi copiloto:*
*La vida de Jetboy*
Lippincot, 1963.

Desde lo alto del cielo, la fina niebla empezó a descender describiendo una curva.

Parte de ella se dispersó en el viento mientras avanzaba siguiendo la corriente, hacia el este.

Bajo aquellas corrientes, la niebla volvió a formarse y acumularse en forma de precipitación, depositándose lentamente en la ciudad que estaba debajo y formando jirones que luego se deshicieron y volvieron a formarse, como las nubes cerca de una tormenta.

Allá donde caía, sonaba como una suave lluvia de otoño.

♣ ♦ ♠ ♥

Propiedad de Scyla Editores